

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



—Yo me peino siempre antes de acostarme.
—¿Y para qué lo haces?
—Por si sueño que voy de visita.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. RIBAS.—Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ



LOS FAMOSOS
POLVOS INSECTICIDAS
LEYER y COMP^a
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

8.—¿A que esperas?

VION
500 500
COÑAC

9.—¿Que te parecen esas chicas?

500
500 Felicidad 500
|

10.—Charada

—Dice el anuncio que en la tienda de esta casa *tercia segunda prima* un auto-móvil.
—Pues yo me *segunda cuarta* del que lo ha puesto. Pues no es poco *todo*.

11.—A ras del cuello

Naípe Cómico

12.—Charada

—En este *prima cuarta, cuarta dos* un sabor muy desagradable, así como a agua de *cuarta terciá*. ¿De dónde lo traes?
—De *prima segunda terciá*.
—Pues tiene pocas trazas de ser *todo*.

13.—A “destajo”

50
HERCULES
Molusco

14.—De villanos

VENUS AMABA

15.—Fué obsequiado

22 BARRILLA

Hidrógeno
Ternos

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASA-TIEMPOS del mes de enero.



SOMBREROS
BRAVE
6·MONTERA·6'

**DEPILATORIO
VITA**

Depilación segura rápida y completamente inofensiva del vello y pelo superfluo que tanto afea a la mujer.
De venta en Perfumerías.
A. R. OLIVE, Cuesta de Santo Domingo, 2
MADRID

Temesio
MUEBLES

EXTENSA Y LUJOSA EXPOSICION
PROYECTOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

Envíos a provincias.
Facilidades de pago.

Fernando VI, núm. 3 :: Tel. 34.704.
MADRID

AMADOR

FOTOGRAFO

— PUERTA DEL SOL, 13 —

Estás perdiendo la línea,
le decía Juan a Teresa,
antes tan delgada y linda
y ahora tan fea y tan grue-
(sa...

¡Te empeñas en no com-
(prar
los corsés de Casa Presal
SIEMPRE PRESA
Fuencarral, 72

HERNIAS
Bragueros cien-
tíficamente.
J Campos
Médico MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

SUSPIROS DE ESPANA
Vino de damas; exquisito para
meriendas

Bodegas de LOS CEAS

Anis Buen Humor

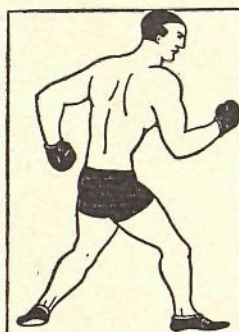
BUEN HUMOR lo vende en la ISLA DE CUBA CULTURAL, S. A.

PROPIETARIA DE
La Moderna Poesía, Pi y Margall, 135
Y
Librería Cervantes, Avenida de Italia, 62
HABANA

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO



EMBROCACIÓN "HÉRCULES"

LINIMENTO suave y limpio
Cura REUMA, DOLORES,
GOLPES, CONTUSIONES,
LUMBAGO, ETCÉTERA.

Unico producto español que es fá-
cil y absorbible por la piel, de-
jándola blanca y fina.

VENTA: Principales Farma-
cias y Centros farmacéuticos
Autor: G. Fernández de Mata
La Bañeza (León)

CANAS



INVENTO MARAVILLOSO
para volver los cabellos
a su color primitivo.
Venta todas partes y
autor N. López Caro.
Santiago; y Sucursal
de Barcelona, Caspe, 32,
donde se dirigirá la co-
rrespondencia Isla de
Cuba, pidase con el
nombre de Agua de Co-
lonia del profesor N.
López Caro. República
Argentina, en todas par-
tes. ¡Ojo! Cuidado con
las imitaciones y falsi-
ficaciones.

SANTIAGO



De The Humorist.—Londres.
—¡No pretenderás que lleve esta piel toda la vida!
—¿Por qué no? El animal de que procede la llevó...

LAXANTE

BESCANSA

TRATAMIENTO
ORIGINAL
DEL
ESTREÑIMIENTO



CUPON

correspondiente al núm. 319 de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a
todo trabajo que se nos
remita para el Concurso
permanente de chistes o
como colaboración es-
pontánea



LECTURA CON REGALO



A verdad es que este lamento de los que escriben y de los que editan en España no debiera oírse. Aparte de la buena literatura que se hace, que por sí sola debiera ser el acicate para que leyéramos, es lo cierto que desde hace poco no pueden hacer más los escritores y sus empresarios para que leamos.

Recordad al poeta ambulante que vendía su inspiración en el quicio de la puerta del Ministerio de Hacienda. Nos ofrecía sus poemas con la misma insistencia que nos ofrecen los décimos. Sólo faltó que nos introdujera el tomo por el escote de la americana como las machacantes vendedoras.

Luego fué en prosa como nos ofreció su labor literaria otro ingenio y también en la calle, y junto a una valla; pero no personalmente, sino exponiendo el producto de su numen una señorita o señora cuya intervención daba más impulso a la venta.

Otro escritor llegó a ver'e una tarde vendiendo sus obras y escribiéndolas al propio tiempo en plena calle, tal vez con la idea de dar una prueba de la originalidad de sus producciones, sacadas de su majín a la vista del público, como hacen en algunas fábricas de chocolate elaborando el producto ante los ojos del consumidor.

Ahora son los editores los que están decididos a echar toda la carne en el asador para que leamos sus ediciones por reacios que estemos a leer.

Nuestra indiferencia por la lectura ha llegado a un extremo, que no nos interesan ni las conmovedoras y patéticas escenas de esas novelas sentimentales que por entregas consiguen penetrar por debajo de

nuestras puertas, pero que no llegan ni a asomar a nuestro corazón, porque somos tan insensibles, que no nos preocupa la suerte de la huérfana abandonada, ni del marido hollado periódica e infamemente por la mujer a quien salvó de un naufragio en los mares del Norte, ni siquiera por la hecatombe de unos jóvenes que se aman y se levanta ante ellos, como barrera infranqueable, la inesperada tragedia de saber que son hermanos, apareciendo en la portada con sus rostros horrorizados, y a cuatro tintas, ante el abismo de la incestuosidad.

¡Será posible, Dios mío, que nos resistamos a leer con los ofrecimientos que nos hacen estos editores altruistas en beneficio de la instrucción y la cultura públicas?

¡¡Regalan máquinas de coser, se-

ñoras ilectoras; plumas estilográficas, caballeros reacios a leer; alcobas completas, comedores, automóviles!! ¿Os resistiréis aún a recrear vuestro espíritu, descansando vuestro cuerpo en una cama Luis XV, comiendo en una mesa ovalada, cosiendo a máquina o paseando en un automóvil?

Yo por mi parte estoy dispuesto a leer esas novelas, apurando la entrega hasta el final, y cuando llegue el "Se continuará", esperaré con anhelo y zozobra la entrega siguiente, por conocer la suerte de la agraciada joven que dejó al borde de la vía férrea esperando el tren, dispuesta a que la destroce; traiga el retrato que traiga, y por conocer también (ingrato sería no hacerlo así) si en el sorteo de los regalos me ha caído un reloj, un comedor de limoncillo o un automóvil, aunque sea Ford y de segunda mano.

Ahora, que lo que yo veo con esto es una tremenda competencia para los autores que dan sus novelas a palo seco.

Desde luego creo que no todos tendrán que llegar a ofrecer ajuars de casa, ni coches de motor mecánico, ni siquiera estilográficas; pero tampoco confiarlo todo al mérito de sus trabajos.

Para aumentar la lectura de algunas novelas, injustamente preteridas, me parece que bastaría con dar el tomo con taza y plato, y al que se resistiera aun, dos tazas. Las novelas llamadas cortas con cucharilla, y las más largas con cucharón. Los opúsculos con una huevera y las memorias con algún recuerdo.

Si después de puestos en práctica estos medios la gente insiste en no leer, debemos dejar de escribir, porque es que tienen razón los lectores.



Dib. SILENO.—Madrid

ANTONIO PLANIOL

Escena espantosa

El malhechor elegante y culto

Cuando el atracador se colocó delante de mí, esgrimiendo una pistola de marca acreditada, y me dió las buenas noches, se me puso la carne tan de gallina, que si hubiese podido morde-me alguna de mis innumerables amigas íntimas, habría asegurado que estaba riquísimo.

Era la una y media de la madrugada, y en aquel paseo solitario no había, en el dramático momento a que me refiero, más que tres árboles, un sereno dormido como un tronco (al cual hubiera sido inútil pretender despertar), un montón de basura, el atracador, la pistola y yo.

El atracador era joven y no mal parecido, pues el hecho de que a mí me pareciese mal no es suficiente para afirmar que debía parecérmele. Llevaba una gorra de cuadros y vestía bien (aunque yo tuve el temor de que "desnudaría" mucho mejor que vestía, por lo insistentemente que miraba a mi gabán). Tenía ese aspecto inconfundible de los hijos de padre desconocido que nacen en Barcelona y en viernes, y olía un poco a vermouth, a pesar de lo avanzado de la hora.

No describo la pistola porque no la

pude mirar con tranquilidad, pero mis lectores están obligados a perdonarme este descuido.

El inesperado contertulio que en aquella madrugada invernal me deparraba la suerte, mostró su extrañeza al ver que yo no contestaba a sus "¡buenas noches!", que debo reconocer que me las había dado con una expresión tan fina como yo no las oía desde luengos años, no obstante la frecuencia con que me saludó con mucha gente que no es atracadora, entre la que descuella mi patrona, que es la que menos me ha atracado en esta vida (quizás con el noble fin de que no padezca del estómago como no me den una patada en la boca del mismo). Decía, pues, que el atracador parecía extrañarse de mi mutismo ante su correcta salutación; y, en efecto, en la frase siguiente se dolió de ello con conmovedora amargura:

—¡Es inútil que uno sea esclavo de las reglas de urbanidad! ¡Da uno las buenas noches, que es lo único que los de mi oficio podemos dar, y el público no nos agradece el sacrificio!...

—¡Bueno! ¡Dígame lo que quiere de mí!—me atreví a decir, con algo más

de calma, al ver que no "salía" nada de la pistola.

—Todo se tratará, caballero. Pero le ruego que sea congruente en sus respuestas. Yo le doy las buenas noches y usted no me responde. ¿Cómo vamos a entrar en relación y cómo vamos a sentar las bases de un negocio, si usted empieza por comportarse de un modo desatento con su interlocutor?... Si usted hubiese contestado a mi saludo, yo le habría preguntado por su familia, por sus asuntos; habríamos comentado ya el frío que hace, la dificultad que ofrece la rebaja de la carne, la inoportunidad de la retirada de Belmonte, etc., etc., y en este momento seríamos amigos...

—Es verdad—dije yo—. Pero, de ser amigos, se habría usted guardado la pistola.

—Eso, no. Cuanto más amigos, más claros... Además, esta pistola no sería yo nunca el que la disparase... La dispararía usted...

—¿Yo?

—¡Naturalmente! ¡Si usted no quiere, no se dispara; luego, si se dispara, es porque usted quiere; luego es usted quien la dispara o quien no la dispara! ¡Esto es pura Lógica! ¿A usted no le gusta la Lógica, amigo mío?

—Me gusta más el solomillo a la navera; pero yo le suplico, compadre atracador...

—¡Alto, caballero!... Eso de atracador, si es broma, puede pasar; pero en serio, eso no me lo dice usted en la calle...

—No, señor, se lo he dicho a usted en el paseo, pero perdóneme—pude balbucir.— ¡Uno ignora a veces la dignidad que tienen las personas que nos escuchan, y mete la pata!

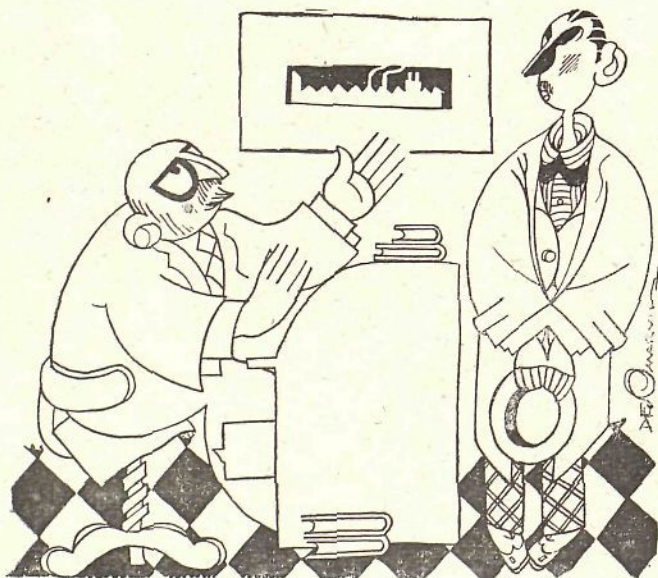
—¡Bien, bien, perdonado! ¡Y perdóneme usted también si me he excedido!

—Con mucho gusto.

—Ahí va mi mano. ¿Somos amigos?

—Sí, señor—contesté yo, comprendiendo que no tenía más remedio que ser amigo de aquel elocuente foragido.

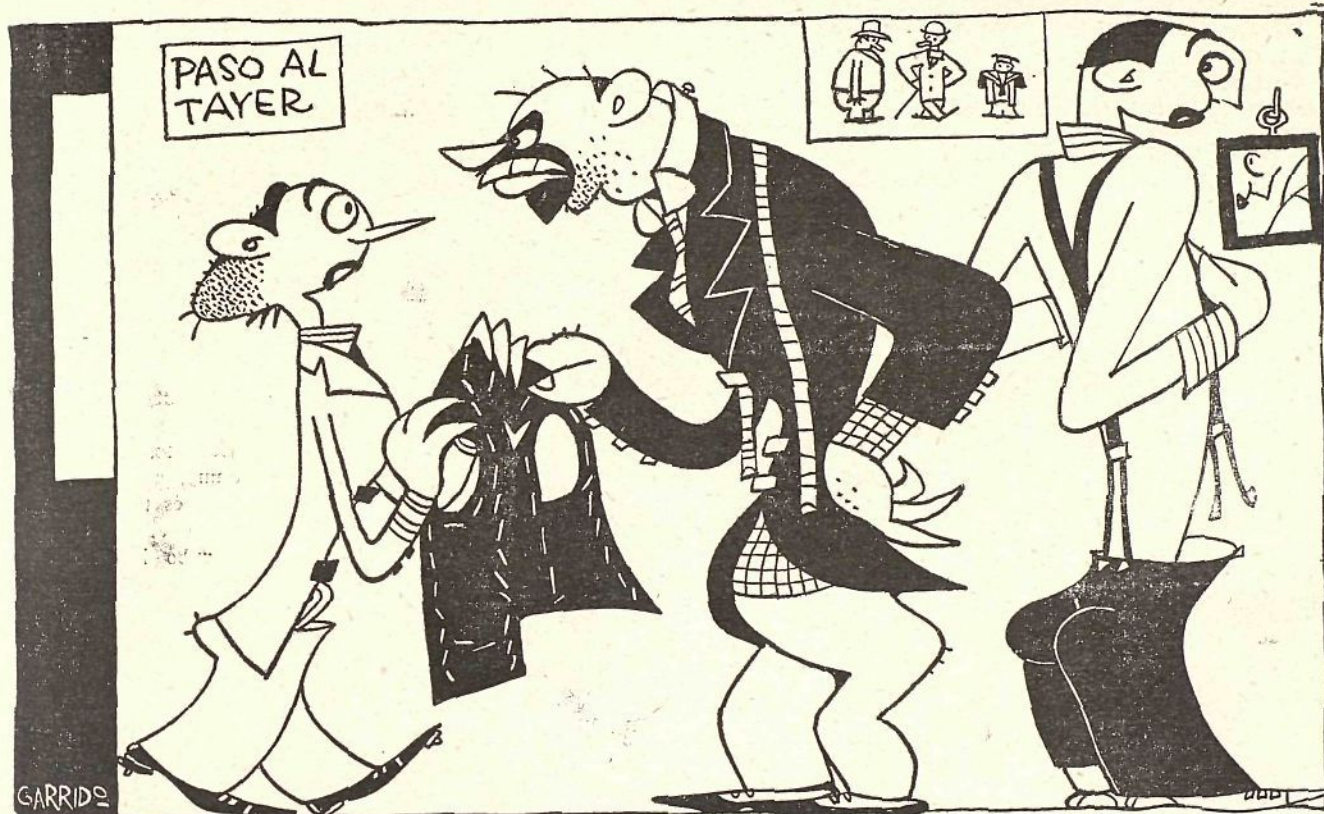
—¿Ve usted? ¡Aquí quería yo venir a parar!... ¡Ya somos amigos! ¡Ya tenemos confianza! ¡Ya podemos hablar campechanamente de lo que nos dé la gana!... ¿Pero de verdad somos amigos?



Dib. DESMARVIL.—Madrid.

—¿Por qué ha dejado usted su empleo?

—Porque no me gustaba estar yo solo de tenedor en una fábrica de cucharas.



—Pero hombre... ¿se atreve usted a traerme la americana de prueba con un roto en la espalda?... ¡¡Vaya usted a que lo zurzan!!
Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Sí, señor, sí, no faltaba más.

—Pues los amigos son para las ocasiones. ¿Podría usted prestarme cinco duros, que los necesito imperiosamente para comprarme unas pastillas para la tos?...

Mis lectores no dudarán de que yo le presté los cinco duros a escape, pero debo hacer constar que al sacar mi cartera no demostró el hombre ninguna curiosidad por averiguar los duros que me quedaban.

Este noble proceder me animó. Di un pitillo a mi amigo y le pregunté su opinión sobre la falda corta y sobre el arte de Rambal.

Hablamos de esto, y de otras cosas, durante un cuarto de hora. Hasta creo que el socio me dijo dos colmos muy graciosos y que yo me reí un poquito.

De pronto sonó el reloj de una iglesia lejana.

—¡Caray! ¡¡Las dos!! ¡Tengo que retirarme porque mi señora estará ya intranquila!—dijo con cierta emoción. —¡Cuando no llego a mi casa a las dos menos cuarto, sufre la pobre, pensando en lo imprevisto!...

—Entonces, no le detengo más.

—Si yo tuviera un buen reloj, calcularía mejor mi tiempo. Pero ya no hay amigos que regalen buenos relojes.

—Las costumbres cambian—objeté yo, por objetar algo.

—¡Hombre, a propósito!...—exclamó mi amigo.— ¡Usted podría tener esa gentileza!

—¿Cuál?

—La de cederme su reloj, como un recuerdo de nuestra sincera amistad. Crea usted que se lo agradecería siempre y perdurablemente...

Al oír estas palabras, amados lectores, sentí frío por la espalda y hasta por el pecho.

¡Yo no tenía reloj!...

Mi faz se cubrió de una palidez cerea, mis uñas se afilaron, mis dientes castañetearon, mis pelos se erizaron. En una palabra: que el miedo es libre como el aire, y que tuve un miedo libre como para escribir un tratado del pánico en doce tomos.

El otro me notó la cosa y tuve que confesarle que no tenía reloj ni siquiera papeleta.

—Eso no es óbice—repuso el gachó.

—¿Usted quiere regalarme un reloj?

—¡Hombre, si hubiese alguna tienda abierta donde comprarle...! ¡Pero lo dudo, pues aunque los relojes es lógico que se vendan a todas horas, no sucede así, por desgracia para los que queremos hacer regalos a las dos de la mañana!

—¡No hace falta ir a la relojería, amigo mío!... ¿Usted quiere regalarme un reloj, repito?...

—¡No deseo otra cosa, repito yo también!

—Pues va usted a proporcionarse ese placer—dijo, llevándose la mano al bolsillo del pantalón y sacando un soberbio repetición de oro.—¡Aquí tiene usted un reloj, magnífico para un regalo! ¡Procede de un transeunte, que le ha precedido a usted en el uso de la palabra!... ¡Si usted me da cien pesetas, el reloj es suyo!

—¡Realmente, es baratísimo!—dije yo.

—¡Lo que se dice tirado!—dijo mi amigo.

Y, ¡claro!, volví a sacar la cartera y de ella los veinte duros estipulados. Y el negocio se realizó correctamente y con todas las de la ley. Mi amigo se

guardó las cien pesetas y el reloj pasó a mis manos.

Le di cuerda, hice sonar las campanitas, le puse en hora, comprobé que era oro del bueno y acabé encantado de la compra.

Al fin habló mi amigo:

—Espero que no habrá usted olvidado que ha comprado ese reloj para regalármelo.

—¡La duda me ofende!—respondí.

Y le entregué el reloj, con un gesto de Guillermo II antes de 1914.

En el rostro de aquel hombre vi tratada al magnesio la expresión de gratitud más desahogada que he contemplado en mi vida.

Me abrazó llorando. Le correspondí con la misma emoción y nos despedimos para siempre.

Y mientras él se alejaba, seguí oyendo el ruido de sus sollozos y de mis duros, que se perdían (sobre todo, los últimos) en la oscuridad de la noche.

Cuando yo relaté esta aventura en el café, mis compañeros no querían creerla de ninguna manera.

Y hacían muy bien.

ERNESTO POLA

LA TRISTE CANCION DEL INVIERNO

¡Invierno! ¡Terrible invierno!
¡Estación del frío eterno
en que no es bastante un terno
para librarse del frío!...
¡Indecentísimo invierno,
que hace más daño que un cuerno!
¡Epoca en que suegra y yerno
se calientan con más brío!...
¡Gatuno y frígido enero!
¡Nevado y cruel febrero!
¡Marzo huracanado y fiero,
que no hay dios que lo resista!...
¡Tiritones da el banquero,
repelucos el torero,
estornudos el tendero,
aullidos la cupletista!...

¡Se suceden las heladas,
se prodigan las nevas!...
¡Las narices encarnadas
van destilando amargura!...
¡Ni con ventanas cerradas,
ni con cortinas echadas,
ni con chaquetas forradas
hay buena temperatura!
¡Tiene frío la mozueta
y tiene frío su abuela!
¡Y se pasma el centinela
a la puerta del cuartel!...
¡Se huela el maestro de escuela
por tener muy poca tela!
¡En fin, un frío que pela
como Almeida o mejor que él!...

¡De Navacerrada el puerto
está de nieve cubierto,
y el Club Alpino desierto,
y Cercedilla hecha un asco!...
¡Los ojos del que no es tuerto
pueden ver el campo yerto
donde autos, con rumbo incierto,
se meten en un atasco!...
¡Llueve en pueblos y naciones
con tamaños goterones,
que ensucian los pantalones
y estropean los zapatos!...
¡Los cierzos, los aguileños,
las ventiscas, los ciclones,
los mistrales, los monzones
nos dan malísimos ratos!...
¡Reina la traidora gripe
y no hay quien no se constipe!
¡Y aunque se atraque de pipe-
racina, no se mejora!...
¡A unos les duele la tripe
de frío! ¡A otros les da el hipe!
¡Y a todos les quita el tipe
en menos de un cuarto de hora!...
¡Hay barro en las escaleras,
y barro por las aceras,
y barro por las afueras,
y barro por todas partes!...
¡Y aunque barran las porteras
y aunque barran los horteras,
da igual! ¡De todas maneras
tienes barro hasta que te hartes!...
¡Frío, frío! ¡Frío, frío!!
¡Frío cruel!! ¡Frío impío!!
¡Frío de muy señor mío!!
¡Frío que ruge y que bufala!...
¡Hay que hacerse al punto un lío
entre mantas y al avío!!
¡Y hasta que venga el estío
no apartarse de la estufa!...
¡Fuera este frío maldito!
¡Guerra a este hielo inaudito!
¡Persigamos cual delito
a esta indecente estación!...
¡Y si en casa metidito
entre pieles, aun tiritó,
que me peguen un tiritó
en mitad del esternón!...



—Me tienen preocupado los gastos que me originará este chico cuando sea mayor.

—¿La carrera, las quintas?...

—No; cuando tenga que ponerle un diente postizo.

NÉSTOR O. LOPE



SEMITRAGEDIA DOMESTICA

NICANOR (*En zapatillas, a medio vestir, con unos zapatos en la mano a medio limpiar, irrumpe en la habitación como una tromba furiosa y gritando como quisiera espantar a un recaudador.*)—¿Pero qué es esto? ¿Qué desorden es este?... ¿Quién gobierna mi casa?... ¡No hay quien aguante tal escándalo!... ¡Mis zapatos sin brillo!... ¿Cómo me los pongo yo sin brillo?... ¡El agua de afeitarme fría!... ¿Cómo me afeito yo y cómo salgo a la calle sin afeitarme?... ¡Gumersinda!... ¡Gumersinda!... ¡Gumersinda!... (*Estas exclamaciones con un tono de enorgüenno que mete miedo.*)

GUMERSINDA (*Sale completamente azorada, conteniéndose la cabeza, que está a punto de caérsele, con las dos manos.*)—¡Por Dios, Nicanor! No grites, que ya sabes que me pongo muy nerviosa. Ten un poco de consideración. Yo no puedo estar en todo... Me falta la criada hace seis días... Las niñas han ido temprano a la Iglesia porque están de ejercicios. Yo sola no puedo atender a los mil quehaceres de la casa. Es mucho trajín; no lo sabes tú bien.

NICANOR.—Y tú tampoco lo sabes



Alfaro
XXVII

GUMERSINDA.—Si no tienes caridad y me disculpas las pequeñas faltas que observes, acabaré por enfermarme y será peor. Ya ves que trabajo lo que puedo. He hecho seis camas, he barrido dos habitaciones y el recibimiento, he preparado la lumbre para el desayuno...

NICANOR.—¡Pero ya ves cómo están mis zapatos!...

GUMERSINDA.—No he tenido tiempo más que para pasarles un trapo para quitarles el polvo. Perdona, hijo mío. Todos tenemos que sufrir un poco.

NICANOR.—Las niñas, antes de salir, bien pudieron haberse ocupado de esto.

GUMERSINDA.—¡Las niñas!... ¡Pobrecillas!... Queremos que aprendan piano, que aprendan francés, que aprendan labores ¡y pretendes que también aprendan a dar lustre!... Eso sería meterlas demasiado cosas en la cabeza. Además, se les ha recomendado que paseen para oxigenarse... No les queda tiempo para nada. Pero no te apures: yo me multiplicaré y lo haré todo.

NICANOR (*Resignado.*)—Está bien. Pero a ver cómo te arreglas con la primera muchacha que venga a hacer recado. Porque si seguimos en este plan, tú vas a perder la razón y nosotros el estómago.

GUMERSINDA.—¿Te refieres a las comidas?... ¿Qué tienes que decir de las comidas?

NICANOR.—Que no hay medio de comerlas. Ayer los garbanzos me hice la ilusión de que eran de celuloide; antes de ayer las alubias, con lo digestivas que ya son, por lo mantecosas que estaban, parecían, propiamente, huesos de dátiles. Y en cuanto a los filetes...

GUMERSINDA.—¡Nicanor, por lo que más quieras, no me mortifiques! No es culpa mía si no sé más. Las niñas me llevan todo el tiempo; las visitas me roban todos los días algunas horas...

NICANOR (*Hablandándose ante el angustioso apuro de su esposa.*)—Bueno,

mujer, bueno. Aguantaremos unos días, hasta que Dios quiera enviarnos un ángel tutelar en forma de doméstica. (*Suena el timbre de la puerta.*) Mira; ahí lo tienes. A estas horas intempestivas no puede ser más que alguna criada incivil... (*Gumersinda ha salido a la llamada y, a poco, vuelve acompañada de una joven de diez y ocho a treinta y cuatro años, no mal puesta de indumentaria, pero más fea que una sonrisa de Bergamín.*)

RAIMUNDA (*Saludando casi casi con finura; se le nota que ha estado en buenas casas.*)—Buenos días, señorito... (*A Gumersinda.*) Supongo que será el señorito...

NICANOR.—Ahí te dejo con ella. Espero que os arreglaréis.

RAIMUNDA.—Los señores son más generosos o menos mirados. Yo más quisiera entendermelas con usted.

NICANOR.—Pero yo, no. Ya sabes lo que te he dicho, Gumersinda. (*Y hace mutis.*)

GUMERSINDA.—Hablares con comodidad. Siéntese usted y diga lo que sabe hacer y qué pretensiones tiene. ¿Ha servido usted ya?

RAIMUNDA.—No he hecho otra cosa en mi vida.



GUMERSINDA.—¿Cómo andamos de cocina? Tiene trazas de ser una excelente cocinera.

RAIMUNDA (*Algo picada por lo de las trazas*).—Freir un par de huevos y hacer una sopa de ajo, es para mí una cosa sencillísima.

GUMERSINDA.—¿Y lo demás?... Guisados, asados, preparación de platos sencillos, postres...

RAIMUNDA.—De eso, nada. Prefiero que lo traigan de la fonda o que los haga usted.

GUMERSINDA (*Sonriente: le ha hecho gracia la salida, por lo visto*).—¡Encantada!... Se hará como usted desea. ¿Sabe usted planchar?

RAIMUNDA.—Ni lavar ni planchar. En las casas en que yo he servido había lavandera y planchadora. ¡Como tiene que ser!

GUMERSINDA (*Un poco amoscada*).—Es verdad. Debo advertirla que aquí se limpia y saca lustre al suelo todos los días.

RAIMUNDA.—¿Lustre, con lo grandes que son los pasillos?... No será la hija de mi madre quien lo dé. Y pa que luego, a lo mejor, se ensucie... ¡Que no!

GUMERSINDA (*Ya sofocada del todo*).—Pues... usted dirá lo que va a hacer, porque lo que no va a hacer me lo sé ya.

RAIMUNDA.—Yo soy bastante madrugadora; me levanto de ocho y media a nueve y me desayuno en el acto. Luego voy a la compra... sola. A mí las amas me molestan en la plaza.

GUMERSINDA.—¿Sí?...

RAIMUNDA.—Porque puede dar la casualidad de que me espera allí un soldado paisano mío, que suele hablarme



del pueblo... y de lo que se tercié.

GUMERSINDA.—Muy razonable. De modo que de cocina, no; de lavar y planchar, no; de lustre, no... ¿Puede usted decirme qué demonios piensa usted hacer en todo el día?

RAIMUNDA.—Por la tarde tendrá usted que dejarme dos horas libres, las que a mí me convengan.

GUMERSINDA.—¿Dos horas sólo?... Yo le voy a dejar muchas más.

RAIMUNDA.—De condiciones... pues ya se sabe: ocho duros, un vestido para salir ¿bueno, eh? otro de mecánica, dos pares de zapatos...

GUMERSINDA (*Con sorna*).—De moda, por supuesto, y de tacón Luis XV, ¿no?

RAIMUNDA.—Natural. Además, cuento con las propinas de Navidad y en los santos de los señores y de las señoritas.

GUMERSINDA.—Se ve que es usted persona de gusto y aficionada a darse buena vida. ¿Por casualidad, es usted rotaria?

RAIMUNDA (*Levantándose, en el colmo de la indignación*).—¡Eso lo será usted!

GUMERSINDA (*Tomándolo con calma echándolo a broma*).—No es para enfadarse. Y dígame: ¿no se habrá usted equivocado al venir aquí?—¿No sería mejor que se fuese al Ritz y pidiese una habitación?... Tengo entendido que allí tratan muy bien.

RAIMUNDA.—En resumidas cuentas, que a mí no me gusta perder el tiempo, ¿qué me dice usted?

GUMERSINDA (*Amontonándose de nuevo*).—¡Que yo no mantengo pendones, que hartos tengo aquí! ¿Se había usted creído, ¡so estropajo!, que mi casa es Jauja?

RAIMUNDA.—Me parece que me está usted faltando...

GUMERSINDA.—Y usted me está sobrando a mí. ¡Hala!... ¡A la calle!...

RAIMUNDA.—Con mucho gusto. ¡Cayray con la señora esta!... Lo menos se ha figurao que soy una asnalfabeta... (*Y, olímpicamente magestuosa, se va dando un portazo*).

NICANOR (*Sale ya vestido y en disposición de abandonar el domicilio*).—Supongo que te habrás quedado con ella.

GUMERSINDA.—Es ella la que ha querido quedarse conmigo.

NICANOR.—Pues ¿qué ha pasado?

GUMERSINDA.—No ha pasado nada; más ha podido pasar. Pero, después de oirla, no sé si tomar criada o ponerme a servir.

ANGEL G. ARBEO

(Dibujos de Alfara.)





Ramírez

Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

—Oye, Nemesia: ¿esta carta la ha traído algún botones?
 —No, señorita; debe ser un pollo, porque me ha dicho que espera.

Ayuntamiento de Madrid

AMOR MUY SIGLO VEINTE

Distinguida Lulú: Aunque el nombrecito no encaje, propiamente, en su persona, porque usted nada tiene de perrito, aunque sea, ¡eso sí!, mona, ¡muy mona!,

desde el día aquel que la ví en el "cine", dormido y sin dormir, con usted sueño. No le extrañe, pues, que hoy me determine a decirle cuál es mi loco empeño.

Si que pida su mano usted espera, que no pienso tal cosa le declaro; pues, tratándose de una niña "pera", eso a mí, la verdad, me da reparo.

La boda por la Iglesia es rutinaria. ¡Lo hace así tanta, tanta y tanta gente! Casarse por la vía... ferroviaria resulta más veloz y conveniente.

¿Que usted prefirió siempre la rutina, sobre todo en cuestiones conyugales,



D.D. MESIEGUER.—Madrid.

—Oye, Nemesio: ¿no vas por la taberna, hombre?
—Quita, de ahí; ácsde que tengo cataratas todo el vino se me antoja agua.

y tiene miedo al tren, porque origina mil choques, descarrilos y otros males?

No tenga usted, por eso, miedo alguno, que yo sé, ante el peligro, ser muy cauto. No iremos, por la vía, en tren ninguno. Viajaremos por carretera, ¡en auto!

¿Que el automovilismo, con sus dramas, le asusta, por si choca contra un pino, pues no gusta de "andarse por las ramas" ni de causar la muerte a algún cochino?

¡No se apure por eso, qué demonio! Cogemos un barco de gran porte (el "Infanta Isabel" o el "Cap Polonio"), que al otro mundo, juntos, nos transporte.

¿Que pudiera ocurrir una desgracia y, en vez de irnos a Cuba, irnos a pique, y el ir a pique a usted no le hace gracia, por lo que no hace falta que se explique?

Aún tenemos otro recurso a mano, que, de fijo, será más de su gusto. Iremos por el aire, ¡en aeroplano! De mí no se preocupe. No me asusto.

¿Que tampoco el sistema de este viaje le seduce, pues puede, de este modo, surgir un imprevisto aterrizaje que dé fin del idilio y fin de todo?

Es verdad. Le confieso que no había pensado en semejantes pequeñeces. Mas si en todo hay peligro, ¡todavía el casarse es peor doscientas veces!

Así, pues, por carril, por carretera, por el aire o por mar, nuestra ventura sabré transportar yo a donde usted quiera. Mas no a la Vicaría. ¡Qué locura!

¿Que cuál es la razón porque me obstino en no ser ante Dios y el juez su esposo? Porque, aunque todo viaje es peligroso, ya que al fin no se sabe del camino, de todos ellos, yo, en verdad, opino que ¡casarse es el fin más desastroso!

Por la copia,

ADOLFO SANCHEZ CARRERE

Madrid, 1928.

UN BUEN HOMBRE

Se llamaba Lino Leum y esta parquedad de nombre cuadraba perfectamente con su carácter apocado y con su figura esquemética.

Pero él no es apuraba por ello, vivía feliz e independiente, como el cartaginés, y llevaba siempre en los labios una sonrisa y una colilla.

Era tan optimista que visitaba todas las exposiciones y asistía a todos los estrenos sin miedo alguno. Para él no había libro malo, ni crítica aviesa, ni vino agrio, ni duro falaz, ni obra póstuma, y creía a ojos cegarritas en la sal de higueras.

Todas las mujeres le parecían bellas y pudorosas y todos los hombres honorables y listos; aunque las mujeres fuesen señoritas de conjunto y los hombres, calvos. Amaba la vida, a la humanidad y a los animales domésticos, pues jamás asesinó a una cucaracha ni ahogó a una chinche.

Para solaz de su alma buscaba la dulce sombra de los frondosos árboles genealógicos. Los silencios de las fábricas de autobuses y la temperatura de las estaciones ferroviarias, aunque por lo general, encontraba que el tiempo era impropio de las estaciones.

En amores era de un eclecticismo indecente, pues admiraba la belleza donde quiera que la encontraba sin parar mientes en la clase de persona, es decir, hacía todas las salvedades y reservas mentales necesarias para conservar la integridad masculina.

Como era todo longanimidad, habitaba en el paseo de las Delicias, en un impar, que son gratos a los Dioses.

Pero a Lino Leum todo el mundo le pisoteaba y casi le tiraba por los suelos; sólo un ayuda de cámara, muy generoso, aunque algo longevo, le miraba con buenos ojos y le prestaba su valioso concurso en aquellos asuntos que no han menester de nadie, por eso eran buenos amigos y hasta creo que parientes, aunque este último extremo, no lo pueda afirmar de una manera incontrovertible.

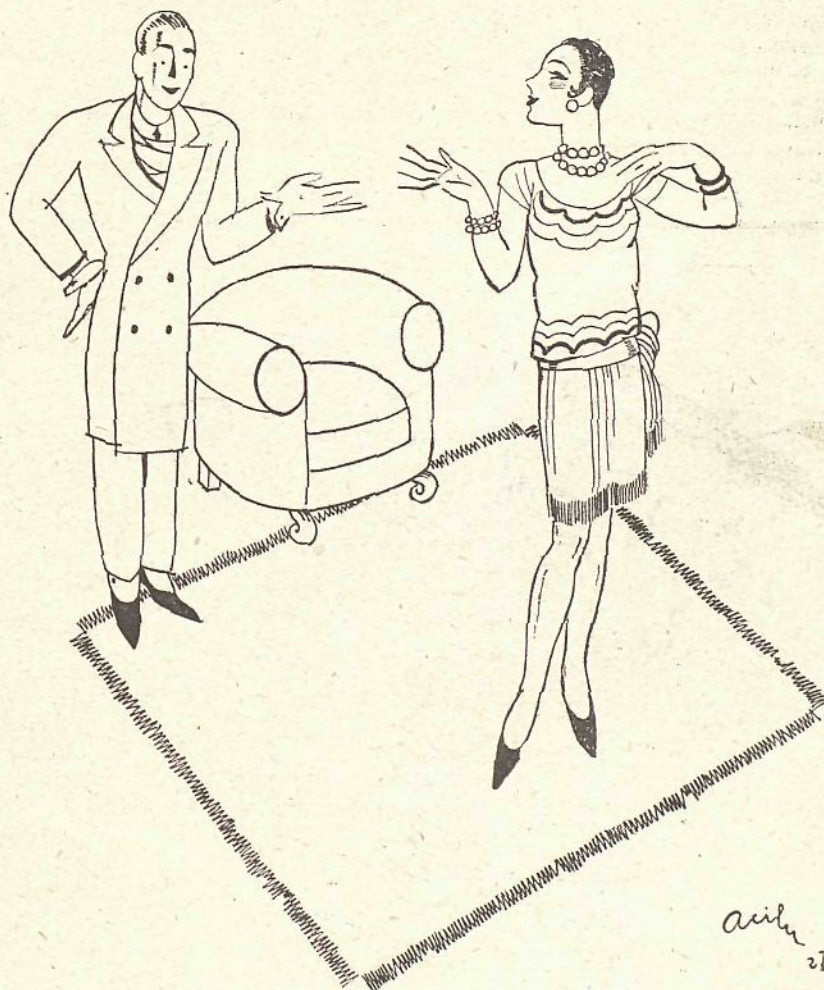
Pero la ayuda de una sola persona, aunque ésta sea ayuda de cámara, no es nada, eran tantos a molestarle con sus respectivas cosas, que Lino no paraba un momento; era el secretario de

cuantas aristocráticas analfabetas necesitaban escribir a sus estúpidos novios; niño de las que tenían hijos fraudulentos; guardador de los ahorros insospechados de concejales incorruptibles; cajero de los pedigüños irreverentes; consejero de todos los suicidas, y paño de lágrimas de todas las viudas recalcitrantes.

No tenía ninguna ocupación fija, pues era corredor de comercio, y, sin embargo, pasaba todo el día haciendo algo inútil y necesario a sus amistades.

Pero un día—miércoles de ceniza creo—necesitó un cangrejo vivo y no encontró quien se lo prestara. El cangrejo era para un experimento científico; dió palabra de honor de su devolución y de su integridad, y nadie, ni altos ni bajos, ni ricos ni pobres, ni nobles ni plebeyos, ni guapos ni feos, se lo quisieron prestar.

Quería demostrar que el cangrejo no anda hacia atrás, como la gente cree, y que esta creencia es por un fenómeno de óptica de la clase media, transmitida de padres a hijos.



Dib. ACILU.—Barcelona.

—Que das invitada a mis bodas de oro.

—¡Cómo! ¿Qué "bodas de oro"?

—Sí, mujer. ¿No ves que me caso con una millonaria?

Pero la ingratitud es la lepra universal, como se ha podido demostrar en diferentes ocasiones, y en ésta Lino, sufrió un cruel desengaño. Todos sus amigos y admiradores le fallaron en la primera ocasión que hubo necesidad de ello; unos, por envidia de su virtud; otros, por malquerencia pasiva; éstos, por lenidad contagiosa; aquéllos, por embobamiento nativo; estotros, por atropello incalificable; esotros, por antipatía recíproca; los de acá, por antagonismo crónico, y los de allá, por traumatismo agudo. Reasumiendo, como dicen los académicos, todos le demostraron, aislada y conjuntamente, ser unos guarros, en el buen sentido de la palabra.

No le sirvió de aprendizaje a Lino esta terrible lección. Como era bueno, siguió siguiéndolo en más alto grado y siguió prestando atención, dando buenos consejos, visitando a sus amigos, sonriendo a los transeúntes y llamando al pan, pan, y al vino, morapio, como un caballero de la Edad Media.

Y era feliz, porque la felicidad es patrimonio de los tontos, y Lino Leum lo era de nacimiento, pues sólo siendo un microcéfalo absurdo se puede devolver bien por mal.

Yo le conocí un día aciago, un día que hubo muchos estrenos, en uno de ellos, no resuerdo cual, Lino estaba en una luneta, me tocó a su vera, llevaba gafas, yo no; a poco de sentarme, puso su gabán sobre mis rodillas, confianza que le agradecí. Hablamos y conocí pronto que era un buen hombre, le gustaba la comedia, se deleitaba con la actriz y se reía con los chistes; era un infeliz. Tratábamos amistad y me contó su vida. Su padre era sexagenario, su madre de Calatayud y se llamaba Dolores, por eso el era tan servicial.

Sin embargo, había heredado una casa de muñecas y unas minas de lápices; de ello vivía y de su profesión de corredor de comercio que le rendía bastante.

Luego supe las cosas que le pasaban y que ya dejó apuntadas, y sus trágicos amores con una ama de lla-

ves romántica y escuchimizada que le engañaba todos los años y le recitaba monólogos para que no se aperci-biera.

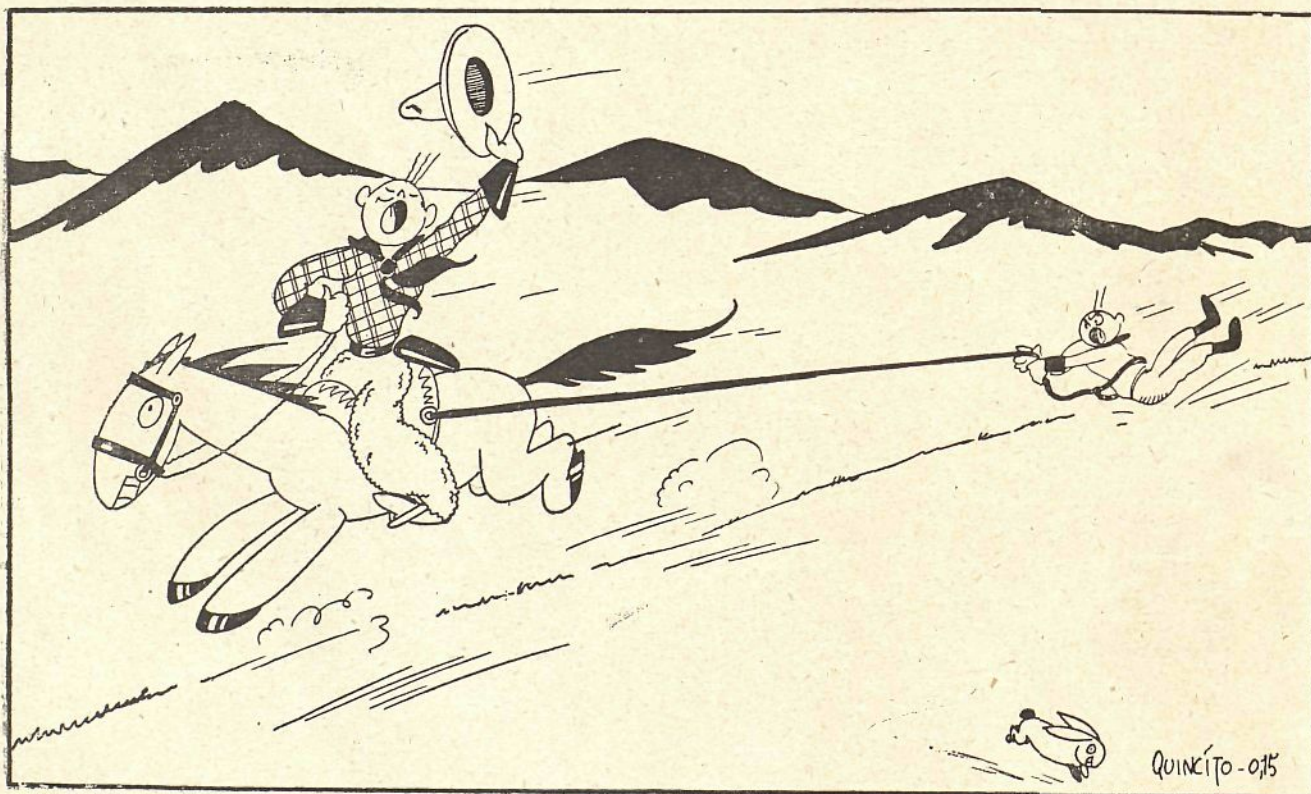
Le llenó la casa de niños apócrifos y feísimos que ni siquiera estaban en sazón, y cuando la retahila de bebés rudimentarios llegó a la docena, el ama de llaves se fué, abandonoles cruelmente y los dejó como recuerdo. En casa los tenía en una alacena, en sendos frascos, cada cual con su biografía y el nombre de su respectivo padre.

"Moraleja—dicen los poetas—: Haz bien y no mires a quién". Pero esto no puede tomarse como una verdad inconcusa, porque los poetas son puros como el aliento de los ángeles que rodean al Altísimo.

Y para que os sirva de saludable ejemplo, os he puesto el caso de Lino Leum para que sepáis lo mala que es la gente y viváis prevenidos para evitar abusos.

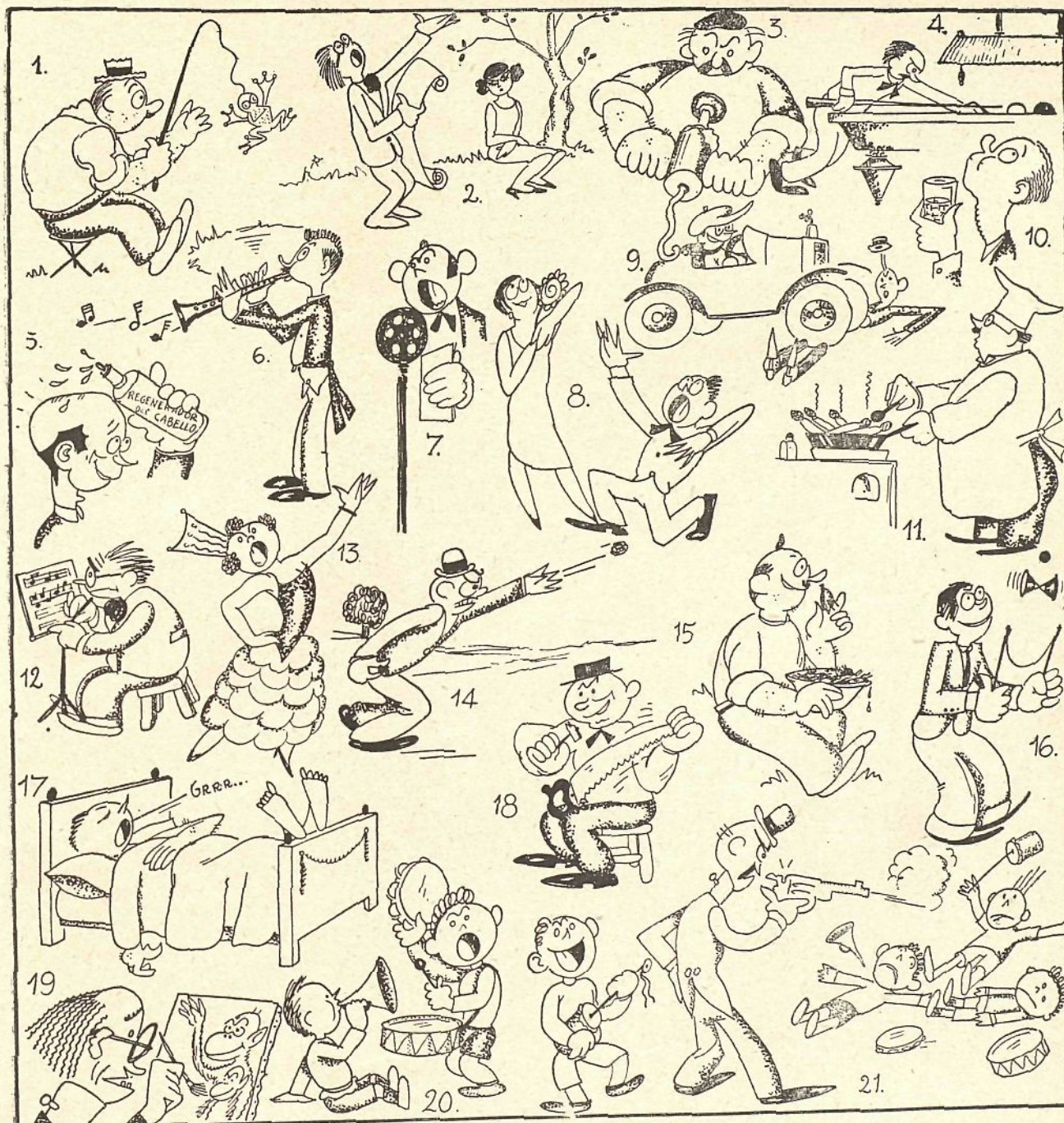
VICENTE PEREZ PASCUAL

(De nuestro Concurso de artículos humorísticos.)



Dib. QUINCITO.—Madrid.

El del extremo de la cuerda.—¡¡No me arrastre... no me arrastre!! ¡¡Que no tengo triunfos!!!



Dib. SAMA.—Madrid.

Diferentes procedimientos para pasar el rato (para uso de seres racionales)

- 1.—Pescando Ranas.
- 2.—Haciendo versitos a la novia.
- 3.—Haciendo churros.
- 4.—Haciéndose buñuelos.
- 5.—Haciéndose ilusiones.
- 6.—Soplando por un tubito.
- 7.—Diciendo tonterías por Radio.

- 8.—Conjugando el verbo amar.
- 9.—Despachurrando peatones.
- 10.—Haciendo gárgaras.
- 11.—Friendo espárragos.
- 12.—Inventando cuplés.
- 13.—Cantándolos.
- 14.—Tirando piedrecitas.

- 15.—Comiendo pájaros fritos.
- 16.—No comiéndolos.
- 17.—Roncando.
- 18.—Tocando el serrucho.
- 19.—Pintando la mona.
- 20.—Haciendo ruido.
- 21.—Asesinando criaturitas.

Un tipo estrambótico

Hay cierto tipo que se ha venido repitiendo, y se repetirá todavía, en gran número de comedias: el buenazo de mal genio, el bendito de Dios con cara de demonio, el *santo* insoportable...

Quiero aludir al hombre de dos caras, que por un lado practica el bien y por otro muestra tan mal carácter, que no sabe uno qué pensar. A veces le hace gracia a la gente, y aun se le admira más por la consabida fuerza del contraste.

A mí, confieso que me fastidia sobremedida. Tipo que se da, indudablemente en la vida, pero que, sin embargo, es falso como un billete de la serie D bis.

Yo lo detesto, y el señor y el Señor

me perdonen; y lo detesto más desde que me he dado cuenta de que sirve de recurso efectista literario.

No, señor; lo primero que hay que procurar para ser bueno es parecerlo; no hay derecho a darle a la bondad una mala cara, que no le sienta bien.

El tipo es falso, de toda falsedad, aunque, desde luego, no obsta el que yo haya conocido a algún buen hombre de este jaez.

Como, por ejemplo, un tal don Vespasiano: un santo verdadero, mejorando lo presente; un santo, si se le exceptúa el nombre.

Cuando estaba de buenas—quiero decir exteriormente, porque su interior era beatífico—, todo era amabilidad: le cedía a usted la acera, le pagaba

el tranvía y a veces el taxí. Le pagaba la cerveza, le encendía los cigarros, le empujaba cariñosamente en el portal, etc., etc.

¿Ofender a nadie? Eso no lo conocía él.

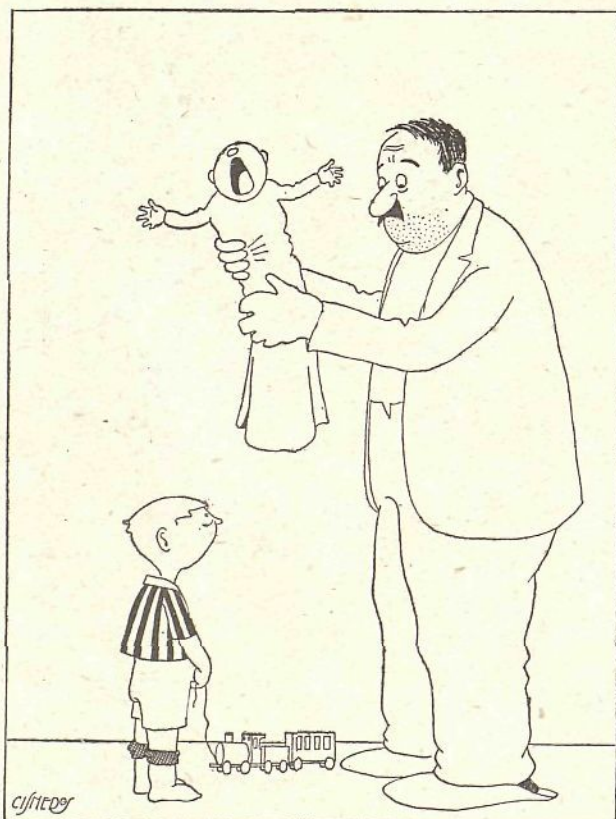
—¿Qué hora es, don Vespasiano?

—Las siete menos diez.

—Gracias.

—¡No; perdóneme, dispénsame usted, queridísimo amigo! ¡Qué contra-

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7



Dib. CISNEROS.—Madrid.

—Mira: los Reyes te han traído un hermanito...

—¡Anda! Pero si yo quería una bicicleta...

riedad! ¡Perdóneme usted, yo se lo ruego!...

—¡Pero, hombre!... ¿Qué le sucede?

—¡Que no son más que menos once!

—¡Pues me da lo mismo!

—¡No, no; le he engañado sin querer; quizá he podido perjudicarle!... ¿No?...

Esto cuando exteriormente estaba de buenas el buen hombre.

Por lo general, don Vespasiano tenía corazoncillo de cordero y cara de pantera de Java. Un hurano aspecto hacía que se le creyera hasta una mala persona.

¡Qué malas maneras un señor tan bueno!... Cierta día paseábase por el muelle de Cádiz, cuando vió a un pobre hombre que se había caído al agua y que se ahogaba irremisiblemente... Don Vespasiano, sin ni siquiera quitarse los lentes ni dejar el periódico, se arrojó al Atlántico y salvó al desgraciado.

—¿Sabe usted nadar, caballero?—preguntó al infeliz.

—Si supiera no le habría molestado a usted—barbotó el otro.

FRICOT POLVOS NENS. Evita las escoriaciones. Excelentes para la piel. Venta en perfumerías, farmacias y droguerías.

F. Betrián. Hospital, 113. Barcelona.

Y don Vespasiano le atizó una bofetada para que no se arrimara más al agua si no sabía nadar...

Se llegaba un pobre mendigo al mal encarado don Vespasiano; éste le daba un duro, pero de los buenos, y:

—¡Quítese de mi presencia!—le gritaba con ferocidad, porque a don Vespasiano le hería mucho el espectáculo de la miseria del prójimo.

De tal modo, que ya el pordiosero ni se atrevía siquiera a darle las gracias.

Había cierta desventuradísima viuda con cinco hijos, que se veía verdaderamente negra para sacarlos adelante. A uno lo quería meter en el Conservatorio; a otro, hacerle médico; a otro, ponerle una huevería, etc.

La triste señora traía asediado al bienhechor don Vespasiano, valiéndose de la reconocida ternura de aquel corazón.

Siempre, siempre la atendía el caritativo caballero; y alguna vez, hasta se permitía pasarles a los cinco chicos la mano sobre la cabeza. Pero... un mal día se hartó de aquellos cinco duros que les daba todos los domingos: un día se levantó don Vespasiano de malas: despidió a la viuda, le puso un estanco en calle céntrica y ya no la quiso ver más en la vida, y no le compró jamás ni una vil caja de cerillas.

Don Vespasiano era un santo... con muchísimas dificultades para que le canonizaran. Echábalo todo a perder con su descubrimiento innato. ¡Y no tenía derecho a hacer antipática la bondad!

Toda su malhumorada existencia la pasó a broncas con sus tres sobrinos bigardos. A éstos, cosa de un inaudito asombro!, nunca, nunca les dió un céntimo. Algún buen consejo y muchísimas maldiciones; pero ni un céntimo, ¡él tan acaudalado y rumboso!...

Chocante excepción, que todos habíamos llegado a notar y comentar más de una vez.

Claro que aquellos sobrinitos eran unos pillastrones, indignos de que nadie les diera nada, que sería empeorarlos de condición.

Y le llegó al buenazo don Vespasiano la hora de morir; y se despidió de los sobrinitos con una reprimenda fe roz, con una bronca que fué un terrible escándalo.

Les había legado toda su fortuna..

JOSE BRUNO



PERALS 20.

Dib. PERALS.—Madrid.

El doctor.—¿Y a este qué le pasó?

El enfermo.—Un auto.

OBSEQUIO PRACTICO

Hacía mucho tiempo que, para corresponder a las atenciones que tuvo siempre conmigo, había decidido hacer un obsequio a mi amigo Ursulo Cirueloso.

Ursulo Cirueloso es una de las pocas personas que en todas ocasiones me han demostrado su afecto y, por consiguiente, a la que estoy más agradecido. Suya fué la recomendación mediante la cual el Jurado del Concurso literario organizado por las Pescaderías Coruñesas, me concedió el segundo premio; él quien me prestó dinero un día sí y otro también; él quien me aconsejó que envenenase a mi mamá política; y él, finalmente, fué quien al enterarse de que la tuerba de mi estufa no funcionaba, por estar atascada, me regaló un limpia-pipas, recuerdo de su abuelo, para que pudiera desatracarla. En una palabra: que Ursulo Cirueloso habíase

portado conmigo como una madre o, por lo menos, como un ama de cría.

Pues bien; todos estos favores y algunos que callo para no hacer interminable este cuento, me hicieron pensar—aquel año en que la diosa Fortuna tuvo la galantería de obsequiarme con un reintegro de la Lotería Nacional—, en la conveniencia de hacerle un obsequio, que demostrase tanto la gratitud que se albergaba gratuitamente en mi pecho, como el cariño y respeto que me merecía tal amigo y benefactor. Si unen ustedes a esto el que acababan de llegar las Pascuas, comprenderán que mi determinación no podía ser más fundada.

Estaba, pues, decidido a hacerle un obsequio, pero la elección de en lo que había de consistir este, era cosa que me traía preocupado. Mi amigo era un hombre eminentemente práctico y por tanto yo deseaba que mi regalo

fuese, al par que de una presencia encantadora, de indiscutible utilidad. Y no lograba dar con un objeto que reuniera estas dos condiciones.

Más de mil proyectos distintos cruzaron por mi mente acalorada: sucesivamente tuve el pensamiento de mandarle: un busto suyo modelado en mazapán; una pluma estilográfica de esas que suena un timbre cuando se acaba de poner una falta de ortografía; una zambomba con motor de petróleo; una escafandra de celuloide... Pero todos estos proyectos fueron desechados por costosos o por poco prácticos.

Transcurrió un mes sin acabar de decidirme. “¿Y si le regalase un loro o un aparato de radio?”—pensé— Pero tampoco me convenció la idea. Dos meses más tarde aún estaba en la duda. Y al otro, y al otro...

Pasaron cinco años, cinco años que no lograron borrar mi agradecimiento, ni mi deseo de hacer a aquel hombre un obsequio “que fuera práctico”. Hasta que una mañana, en el preciso instante en que me hallaba sacando brillo a la uña del dedo gordo de mi pie izquierdo, recibí una noticia: Don Ursulo Cirueloso se hallaba gravemente enfermo... Los médicos desconfiaban de salvarle... Acaso, era cuestión de días, tal vez de horas...

Salí a la calle como loco. “Hay que hacerle, ahora mismo, el regalo al pobre Ursulo; antes de que sea tarde,—pensé—¡Dios mío! acúdeme y haz que brote en mí alguna idea luminosa! ¡Ya sabes que deseo enviarle un “obsequio práctico”!

Y la inspiración divina vino en mi ayuda.

Rápidamente fui hacia la funeraria más próxima; compré un ataúd de un metro setenta y cinco—la estatura de mi amigo—y después de llevarlo a una confitería para que me lo llenasen de bombones, se lo remití a mi benefactor, acompañándolo, según es costumbre, de una tarjeta.

Felizmente, Ursulo Cirueloso murió aquella misma noche. Y digo felizmente, porque la duda de que mi obsequio no fuese todo lo práctico que deben de ser los regalos que se hacen a los amigos, era tan profunda que llegaba a desgarrarme el pecho.

MANUEL LAZARO



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Madrid.

—Oye, papá: ¿para qué mete el cisne el pico en el líquido?
—Pues para eso, hijo mío... ¡para liquidar un pico!

Ayuntamiento de Madrid

Bambalinas, diablitas y trastos

La Uba y las doce uvas, drama simbólico-orgiástico

Iremos, de cuando en cuando, estudiando las obras extranjeras de vanguardia. Hemos abierto una ventana que da al río revuelto del mundo y... ¡vamos a ver lo que se pesca!...

Hoy por hoy tenemos el gusto de comentar ante nuestros lectores una obra de actualidad: un drama relativo a las doce uvas que se comen o se tragan mientras van dando las doce campanadas de final de año.

La obra es de Gregoriet, un autor de mos de Moska que acabarán por moskear a los autores españoles.

La obra, por su título no tiene, a primera vista nada de particular: se llama "Ubalda Lagar" y pudiera al primer pronto parecer una tontería de cualquier autor de España. Sin embargo, la novedad de Gregoriet consiste en que en cada obra van dos obras o tres, una dentro de otra, sistema teatral aprendido en esos muñecos rusos, en los cuales aparecen, conforme vamos abriéndolos, otros muñecos idénticos.

Gregoriet ha dicho de su obra:

"Mi obra es un símbolo de la uva. La uva es un grano simbólico y órfico; la uva es una píldora de vino; es una gota de miel; una perla de ambrosía; una cuenta de ámbar natural; un comprimido de Noé; un supositorio de la buena suerte. La uva es la mentira y la locura, saliendo de la naturaleza. Son las lágrimas del diablo. Por eso mi obra comienza con un prólogo: se levanta el telón y aparece todo en sombra; sólo una luz verde, de azufre, —del azufre con que se rocían las viñas para librarlas de la filoxera.— Aparece Satán. Debajo el mundo. Acaba el año. Dan las doce. A cada campanada llora Satán un lagrimón, que es una uva. Doce uvas que caen sobre el mundo. Cuando acaban las doce campanadas, dice Satán: "Ya empieza el año mintiendo: son las veinticuatro y dan las doce; dan doce y dicen que son las veinticuatro... ¡Siempre fíos!"... Suelta una carcajada y se va. Este es el prólogo.

El símbolo viene luego.

La uva, señor mío, es un producto natural, dulce de suyo; pero viene el hombre, la pisotea, la profana, la mete

en alambiques y hace alcohol: embriaguez, perdición, locura, infierno. Cuando los hombres han hecho lo posible para la que la buena uva sea mala uva, quieren que la uva les traiga buena suerte... Este trimonio esotérico y tripode (Gregoriet llama tripode a lo que tiene un sostén de trípode), informa, regula y rige como tal norma informal, la arquitectura de la obra. Todo se puede, en la obra, tomar por derecho o por viceversa.

El nombre mismo de la obra paralélica es ya significativo, porque a Ubalda, o Ubalda, la llaman Uba o Ubita...

Uba es una vendimiadora, garrida y aguerrida y agarrada, a garrada a la vida. Es un racimo prieto que está diciendo comedme. Un arqueólogo que ha ido por el país para descubrir tesoros artísticos en ciertas excavaciones comprende en seguida con su ojo clínico que Ubita es también un caso de excavación; que debajo de la costra de tierra que la recubre hay una estatua de primera.

Trata de seducir a la joven y de conseguir que se lave. La chica se resiste suavemente a lo primero; enérgicamente a lo segundo. El pudor le impide lavarse. También los padres y el pueblo. Hay un motín, genialmente presentado por Gregoriet, del pueblo entero que, viviendo del vino, consideran un insulto el uso del agua, aunque sea en uso externo.

Por fin el arqueólogo consigue su propósito de una manera indirecta; proporciona a la chica unos ungüentos de tocador y la induce a que se pinte... la coquetería femenina se rinde, y la chica se da un cold-cream avaselinado en gran escala. Pero con la vaselina se le derrite la costra de porquería y la chica no tiene más remedio que lavarse, cosa que ahora acepta de muy buen grado, pues comprende que mientras no se lave no podrá embadurnarse bien con los potingues de belleza. La psicología del Gregoriet se manifiesta a gran altura, como puede verse, en este rasgo genial, típico del genio ruso.



Dib. FIRULI.—Madrid.

—¿Puedes prestarme dos pesetas, Samuel? Mira que no tengo camisa que ponerme...

—¡Qué suerte tienes! El dinero que te ahorrarás de lavandera...

La moza está perdida. Una vez entregada a los refinamientos del tocador no quiere trabajar. Se pasa todo el día haciéndose las uñas y acaba por huir con el arqueólogo. La Uba queda así arrancada de la vid. "De la Vid a la Vida"—dice el Grigorief, y así termina el acto.

En el segundo, el arqueólogo, resulta un gran pillastre, que falsifica antigüedades para dar a los arqueólogos de veras, no el timo del entierro, sino el del desentierro. Una vez apoderado de la Ubita, la pisotea y la exprime para sacarla el jugo, fase de simbolismo claro.

El arqueólogo estruja tanto a la Uba que ella se cansa y se escapa, rodando a la perdición.

Cae muy bajo; pero la recoge un experto que sabe "alambicar". La aparta de la vida; la somete a tratamiento y a reposo para que fermente y se reponga.

Por fin, al cabo del tiempo, llena de salero y solera, puede la Uba ser conveniente expendida a precio de oro.

La presenta en un cabaret, cantando su propia vida en un tango criollo, y originando una de esas escenas abismáticas como sólo el genio ruso y un

poco el polaco, han conseguido dominar en este mundo.

El tango tiene trozos como éste:

En la vid vide a la Ubita
tan tranquila y tan bonita
cuando aquel gachó de guita,
va y la quita de la vid.

En el acto tercero, de una originalidad inciso-punzante, adquiere el drama las cimas de la orgiástica y el teatro moderno encuentra su expresión propia.

La Uba se ha hecho cortesana de reyes, emperatriz de cabarets principescos. Es un alcohol de 90 grados que se sube a las cabezas más elevadas. La escena representa un palacio color de uva y decorado con esmeraldas y amatistas en racimos. Doce príncipes se han enamorado de Uba. Acaba el año. Están borrachos todos: los príncipes y los demás. Siguiendo las tendencias del teatro germano y del teatro de vanguardia ruso, hay actores repartidos por todas las localidades del teatro y se embriagan, emborrachando de paso a los espectadores. Así, cuando llega el momento de la orgía, se identifica el público con el drama e interviene en la representa-

ción, formando un conjunto grandioso.

Van a dar las doce. La Uba se presenta desnuda, reclinada en una canastilla como las usadas para servir las botellas añejas. La colocan en medio de la mesa, en derredor de la cual relinchan los doce Wladimiro. Cada uno de ellos quiere arrebatársela a los otros; pero los otros lo impiden.

La Uba entonces, triunfal y perversa, propone una solución: las doce uvas que han de comerse al dar las doce están envenenadas. Solamente hay un juego de doce que no tienen veneno. Escoja cada cual el platillo que quiera y el que se salve será el elegido. Todos aceptan. Todos quieren correr el albur de la muerte ante la fortuna de embriagarse—como Noé—con la Uba.

Dan las doce. Comen las uvas. Caen muertos los doce. Estaban envenenadas todas. La Uba danza, triunfa, encima de los cadáveres y un enorme coro de botellas danza en torno suyo, mientras que los espectadores toman las uvas y toman parte en la bacanal, cambiando allí hasta la última peseta—que es lo que quiere el empresario.

MANUEL ABRIL

CUENTOS DE EDUCACION Y PATRIOTISMO

La Universidad de Herby o el boxeo es una cosa admirable

Narración para estudiantes ociosos.

La Universidad de Herby era exactamente igual a cualquiera otra de las Universidades enclavadas en territorio de los Estados Unidos, sólo que tenía las fachadas pintadas de encarnado.

Se componía de once pabellones, en los cuales se hallaban instalados, además de tres familias de ratones, los gimnasios, las aulas, los gabinetes de Física e Historia Natural, el laboratorio, las pensiones de los alumnos y alumnas, los domicilios del rector y de los profesores y la sala de baños.

En el exterior podía verse el campo de deportes.

En la Universidad de Herby se estudiaba, se bailaba, se cultivaba la vida física, se montaba a caballo, se hacía esgrima y boxeo, se flirteaba, se

sufrían exámenes y se vivía, en suma con la alegría propia de la gente joven que para cubrir sus necesidades les basta con telegrafiar a la familia vi- diendo dinero.

Alumnos y alumnas se guardaban los respetos y las deferencias naturales en las gentes bien educadas. Y los profesores alternaban con los alumnos, ya para explicarles el binomio de Newton, ya para aclararles las nebulosidades de la Lógica, ya para organizar un concurso de natación o un *match* de boxeo, ya para cazar mariposas o comer *sandwichs* de pepino.

La Universidad de Herby era un Centro Educativo perfecto, lleno de democracia, de optimismo y de evónimos.

Idénticos gustos y aficiones enlazaban a los alumnos y a los profesores, y el triunfo en el *ring* de Tunney o la muerte de Rodolfo Valentino preocupaba lo mismo a unos y a otros. Si los profesores eran superiores a los alumnos, obedecía esto a que sabían más que ellos, y si las muchachas eran superiores a los muchachos, la superioridad nacía de que eran más hermosas. En Herby sólo los méritos daban superioridad. Aquello era un paraíso reglamentado y sujeto a un horario inflexible. Sólo así se comprende que el día 7 de abril no ocurriese en Herby una catástrofe.

Os contaré lo ocurrido rápidamente porque tengo que ir al teatro y el tiempo apremia.

El día 7 de abril, Eduardo Mc. Master, presidente de la República, y mister Reginaldo Rugby, ministro de Instrucción pública, visitaban, amablemente guiados por el honorable Elías Compton, rector de la Universidad, las diferentes instalaciones de Herby.

A las once y doce minutos de la mañana, Mc. Master, Rugby, Compton y el acompañamiento se hallaban visitando la cocina.

Y en aquel mismo instante, el profesor Ramsay explicaba a sus alumnos la lección 37.ª de Algebra superior, cuando...

En medio de un teorema complicado, se oyó un maullido de gato famélico. El profesor Ramsay volvióse vivamente a sus alumnos e interrogó sin alterarse:

—¿Quién ha hecho el gato?

Nadie contestó. El profesor agregó con serenidad:

—En Herby, señores alumnos, no hay un solo gato. ¿Quién de ustedes ha maullado?

Y como en la Universidad se enseñaba que la mentira envilece al hombre, el alumno Honorio Pringle se levantó para decir:

—Yo he sido el que ha maullado.

—¿Con el objeto de burlarse de mí? —indagó Ramsay.

—Sí, señor. Con ese objeto y un pito de papel.

—Pase usted a mi despacho.

Pringle pasó al despacho de Ramsay y Ramsay le siguió.

—Lo que usted ha hecho se merece esto—dijo el profesor.

Y echándose sobre Pringle, le dió diez puñetazos en cada ojo. Luego,

En nuestro próximo número empezaremos a publicar
UN FOLLETIN
verdaderamente despampanante y encuadernable.

profesor y alumno volvieron a clase tranquilamente.

Pero no faltó quien expusiera lo ocurrido al honorable Compton, y al tener noticia de ello, el rector llamó al profesor Ramsay a su despacho.

—Profesor—le dijo—, ha corregido usted la grosería de un alumno y eso es meritorio. Pero también es verdad que ha pegado usted a un hombre, y eso merece un castigo. Yo le impongo el castigo, profesor Ramsay.

Y lanzándose contra el profesor Ramsay, el honorable Elías Compton le colocó catorce porrazos en la nariz y diecinueve en las mandíbulas. Terminado lo cual, ambos volvieron a sus ocupaciones.

La ocupación perentoria del rector era contarle lo sucedido al ministro de

Instrucción pública, mister Reginalde Rugby, y así se apresuró a hacerlo.

El ministro tuvo frases de caluroso elogio para Compton.

—No obstante—dijo por último—, usted ha pegado al profesor Ramsay, que es un sabio matemático, y es usted acreedor a dos docenas de golpes.

Y Reginaldo Rugby le propinó las dos docenas de golpes a Compton, exactamente distribuidas por todo el cuerpo.

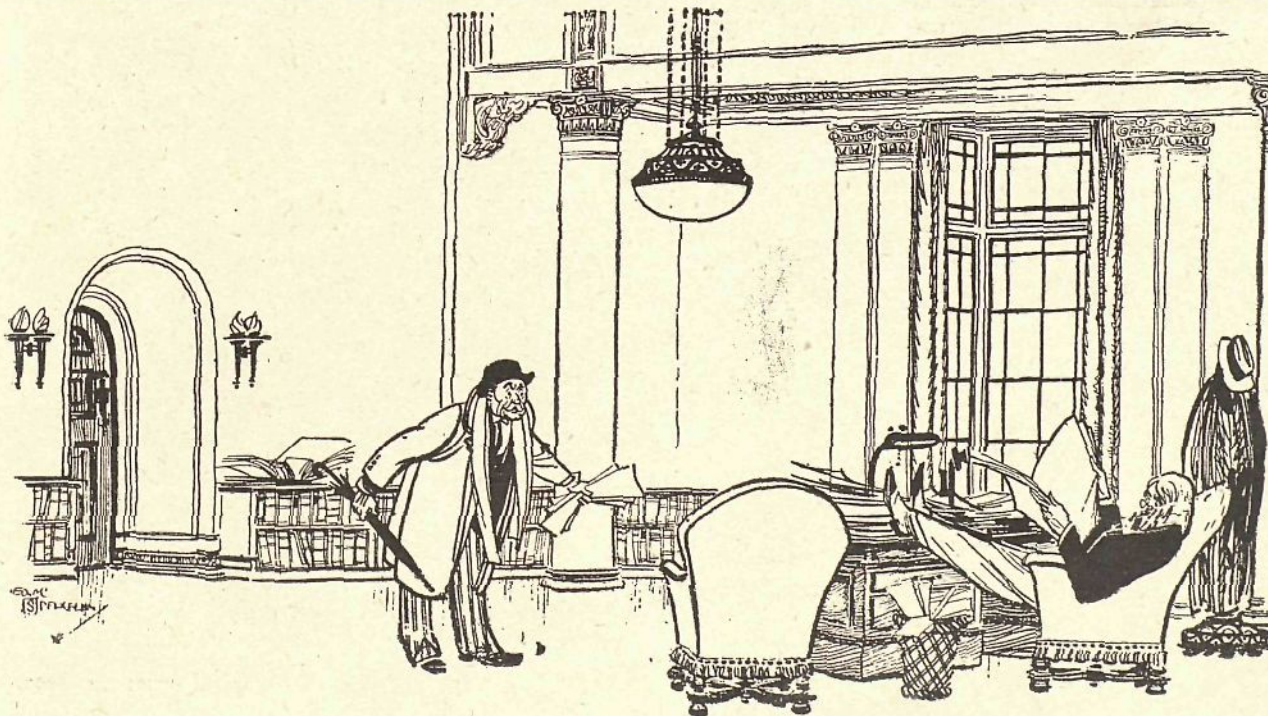
Entonces el presidente, Eduardo Mc. Master, intervino:

—Muy bien, Rugby. Ha cumplido usted con su deber. Pero el hecho de pegar a un rector de Universidad es punible. Soy el presidente de la República y debo dar ejemplo de justicia a mi país... Colóquese bien, que le voy a boxear el estómago.

Y, con gran precisión, el presidente Mc. Master le atizó veintiséis puñetazos a Reginaldo Rugby.

No sé lo que habría ocurrido en una Universidad española de suceder algo semejante a lo narrado. En la Universidad de Herby todos se quedaron muy satisfechos de sí mismos, y el curso escolar siguió tan tranquilo como pueda seguir el curso del río Támesis a su paso por Londres.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



El visitante, encolerizado.—¿Es cierto que en el periódico de ustedes se me ha llamado ladrón, sinvergüenza y canalla?
El director.—¡Imposible!... En nuestro periódico no se publican más que noticias de última hora.



DEL BUEN HUMOR AJENO



La enfermedad contagiosa por Max y Alex Fischer

Lo primero que dijo Juana a su esposo, cuando éste regresó a casa, fué lo siguiente:

—¿Te acuerdas de Lucía, mi compañera de colegio?... Pues bien; está muy grave... esta mañana, al despertarse, ha tenido un vómito de sangre. No sé cómo ha podido coger esa tuberculosis... ¡Qué enfermedad más contagiosa!...

Y recalcó de un modo extraordinario estas palabras: "¡Qué enfermedad más contagiosa!"

Inmediatamente después de decir esto se puso un poco pálida.

—¿Te ocurre algo?—le interrogó su esposo.

—No sé... pero... parece que no me encuentro bien... Tal vez no sea nada...

Pareció reanimarse; pero media hora más tarde, llevóse de súbito las manos hacia el pecho y gritó: "¡Ay!"

—¿Qué es eso?... ¿Te duele algo?

—Sí; la espalda.

—Mañana mismo consultaremos con un médico.

II

Al día siguiente el matrimonio se presentó en la consulta del doctor Bugnom, y el marido expuso detenidamente al galeno lo que les había llevado a su consulta. Le habló del dolor en la espalda, que durante todo el día anterior, había sentido su mujer.

El médico, tras de auscultarla escrupulosamente, la dijo:

—Vaya usted descuidada. Puedo certificar que su salud es excelente. Pecho fuerte, pulmones sanos, bronquios en perfecto estado... ¡No tiene usted absolutamente nada! Puedo garantizarlo.

—Esa era mi opinión. Sin embargo, hemos venido a visitarle porque mi esposo se empeñó. ¡Y ya sabe usted lo que son los hombres!... No se les puede contradecir.

Después, ya en la calle, ella dijo al marido:

—Hemos hecho mal en venir. Son veinte francos tirados a la calle. Estaba segurísima de que no tengo nada. ¡Claro que las enfermedades del pecho son muy contagiosas! Pero es que tú, preguntándome constantemente cómo me encuentro, me haces aprensiva.

III

Como todas las noches, después de cenar él se puso a leer los periódicos. De pronto leyó:

"Al regresar de un corto viaje el conocido médico Dr. Bugnom, ha mandado detener al criado que tenía a su servicio.

Según parece, éste, aprovechando la ausencia del doctor, se dedicaba a re-

cibir a las visitas, con la intención, claro es, de guardarse el importe de los honorarios.

Por esa circunstancia, verdaderamente providencial, el doctor Bugnom ha podido enterarse de la estafa"...

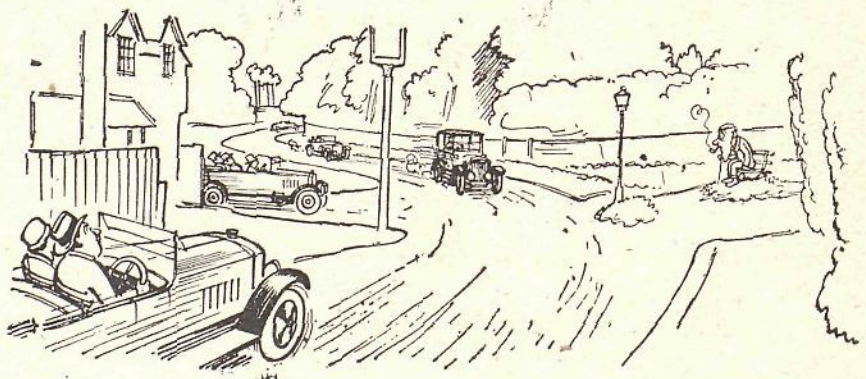
Al acabar de leer tal noticia, y pensando que a su mujer le iba a hacer mucha gracia, el esposo se la releyó en voz alta.

Pero, contra lo que él esperaba, ella alzóse contrariada:

—No sé qué gracia le encuentras a eso—dijo—. Yo no la veo.

E inmediatamente después, agregó: —¡Ay! ¡Mi dolor de espalda!... Siento que me ataca otra vez.

R. C. R.



De The Humorist.—Londres.

El hombre que durante años, años y años se sienta en el cruce de caminos para presenciar accidentes.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Literatos y títulos de sus trabajos, que por esta vez se tienen que quedar con las ganas de ver la luz pública en nuestras publiquisimas columnas.—Forman el montón de infelices concurrentes a *Cestona*, las obras y los confeccionadores que se citan: *Inválidos de la paz* (por G. G., de Madrid); *Sonatina otoñal* (por F. C. R., de Madrid); *La tragedia de un radioescucha* (por Lagardere, de procedencia ignorada); *El crimen de Peñaranda* (por Aixinio, de Gijón); *¡El maldito amor!* (por V. P. V., de Madrid); *El artículo 41 de la Ley Hipotecaria en relación con las dicotiledóneas* (por Omán 11 del 12, de ciudad desconocida); *Reflexiones tímidas* (por Perezosé, de Madrid); *La culpa fué...* (por C. P. de Madrid); *La Historia* (por L. L., de localidad misteriosa); *La consulta trágica* (por I. M. de la P., de Málaga); *Las corridas de toros, espectáculo altamente educativo* (por B. G. y A., de Barcelona); *Un "sí" muy siglo XX* (por Otsuaf, de Madrid); *Carta cifrada* (por A. G. G., de Madrid); *La gran faena y La última broma de Aristides* (por A. M. S., de Linares); *El triste caso de Jorge Peris* (por Marco de Aphoral, de Grecia); *Una tradición original* (por S. B. de la T., de La Puerta de Segura, jacarandosa provincia de Jaén); *606* (por Maboro, de Sevilla); *Charlas festivas*. Hay que proteger el Arte (por F. L., de Madrid); *Libros sediciosos* (por Caza-Res, de Madrid); *¡Oh, corazón!*... (por E. A., de Valencia); *El hombre que fué siempre despacio y llegó a tiempo a todas partes* (por J. P. (hijo), de Madrid); y, finalmente, *¡Infeliz!* y *¡Quién supiera el alemán!* (por E. L. S. Vilches, de Madrid).

M. Paniagua. Madrid.—Sí, señor, sí *Ese letrerito que tenemos indicando las horas*

de cobro..., reza para usted y reza para todo el mundo. Y ese rezo es la mejor demostración de que aquí pagamos religiosamente a todo el que se presenta reclamando con razón lo que le pertenece. Ya lo sabe usted.

P. B. V. Madrid.—Lo que tenga usted que decir de los guardias de la porra, se lo dice usted a ellos en la calle, pero a nosotros no nos meta usted en líos. ¡Estamos muy a bien con toda clase de autoridades para exponernos a una tontería por darle gusto a un señor como usted, a quien no habíamos conocido hasta hoy, y a quien si tampoco hoy le hubiéramos conocido no habríamos perdido nada!

C. A. L. San Sebastián.—¿Con que usted quiere tomar fiera venganza de un amigo traidor?... ¡Pues léale usted lo que nos ha mandado y le hace usted cisco de retama antes de llegar al quinto párafo!...

E. A. R. Granada.—¡Si estará mal escrito que, a pesar de lo viejo que es el cuento y de lo conocido nuestro que siempre ha sido, no hemos caído en que se trataba de él hasta el final!... Claro que conocer el cuento y decirle: no vuelvas más por aquí, ha sido cosa de dos minutos. Porque es que usted no sabe las veces que ha venido ya el susodicho cuentecillo, antes de traérnosle usted de la mano.

S. H. M. Barcelona.—Sus versos *Las alas rotas* son completamente burdos, rematadamente absurdos y estruendosamente idiotas.

Suponemos también que tendrán otros defectos, pero no hemos visto más que los apuntados; y como son suficientes para no seguir adelante, pues aquí paz y después gloria. ¡Al cestito y terminado!

Conesa. Madrid.—¿Qué cochinería es esa de *La purga de Nemesio*?... ¿A mí con esas, Conesa?... ¡Que te has creído tu esio!...

¡Pues hombre, no faltaría más!... ¡Indecente!!... ¡¡Marrano!!!... ¡A lavarse con heno de Pravia inmediatamente!...

El Amolador. Burgos.—Usted será todo lo amolador que quiera, pero a nosotros no nos amuela usted. ¡Tendría que ver, con la práctica que aquí tenemos para evitar cierta clase de amolamientos!

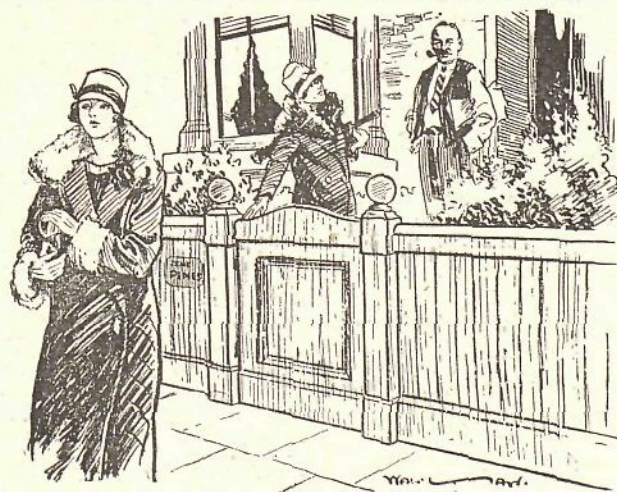
N. M. U. Valladolid.—Tanto la parodia rubeniana como las *Saetas*, son categóricamente nefandas.

L. G. F. Barcelona.—A nosotros no nos la da usted con *fromage* (vulgo, queso). Usted es un guasón crepuscular, quiere que le faltemos al respeto en la Correspondencia muy particular. ¡Y no nos da la gana, ea!

J. P. C. Madrid.—*El clavel blanco* nos ha oído mal. *El golpe de Estado* nos ha estropeado la cabeza. Y *El automóvil número 10.000* se nos ha echado encima y nos ha hecho completo cisco. Pero para que usted no se disguste demasiado, le diremos que el resto de su envío se aprovechará en la sección de chistes, con el fin de que no pierda usted toda la gloria con que había soñado.

M. Meléndez. Madrid.—Sus ecos de sociedad no han encontrado eco en nuestro corazón. ¡Acertar con un eco a estas alturas, es difícilísimo! ¡Ecco e il problema, que dijo el otro!

B. A. D. Valencia.—Desgraciadamente, no resulta utilizable su envío. Pero, para consuelo de usted, le advertimos: que eso es lo que pasa con casi todos los envíos de los demás. Está la juventud literaria española que es una ruina. Y como la vejez es otra ruina, tenemos que España es un ignominioso montón de escombros. ¡Qué pena! ¡Lloremos!



El marido.—¿Por qué no le has hecho pasar a esa señora en lugar de estar hablando con ella cerca de tres horas, con el frío que hace?

La mujer.—La he dicho que entre, pero me ha contestado que tenía mucha prisa.



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indiquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

Diego R. Lorite

SASTRERIA Corredora Alta, 19
MADRID
Saluda a su numerosa y selecta clientela y la desea un feliz año

—No veo en usted nada que acredite sus tiernos juramentos de amor.

—Porque será corta de vista. El Barón de las Consecuencias.

Ensayo general.

El director, al novel actor:

—¡Esto es ridículo!... La acción pasa en pleno invierno y usted va con traje de verano. Vístase de modo que el público tenga la impresión de que hace frío.

Por la noche, el actor aparece con el mismo traje.

—¡Pero no le dije—apostrofa el director—que se pusiera ropa de invierno!

—Y ya lo he hecho, señor —replica tímidamente el actor—. Me he puesto camiseta de lana. Redondela.

En la Comisaría se presentan una pareja de los del orden conduciendo a otra pareja de sinvergüenzas.

El Comisario a uno de los sinvergüenzas.—¿Cómo se llama usted?

El detenido.—José Rodríguez "El Tremendo".

El comisario.—Que le den cincuenta palos.

(Dirigiéndose al otro detenido):

—¿Y usted, cómo se llama?

El otro detenido (pensando en la paliza).—¿Quién, yo? Apenitas si me llamo Pepe.

Belmonte.—Melilla.

CASA MOISES

Fuencarral, 74 y 76

Desea buen año a su clientela

El premio del número anterior ha correspondido al chiste siguiente:

Sucedido:

Una vez paseaba cierto individuo por un camino y vió a un pastorcillo que cuidaba de su rebaño.

Queriendo reirse de él se acerca y le dice:

—Oye, muchacho: ¿Tú tienes vergüenza?

—Sí, señor —le responde el pastorcillo.

—Bueno, ¿y dónde está que no la veo?

—La he dejado colgada en la cabaña.

El individuo se asombra al ver cómo le contestaba el muchacho, y por fin le dice:

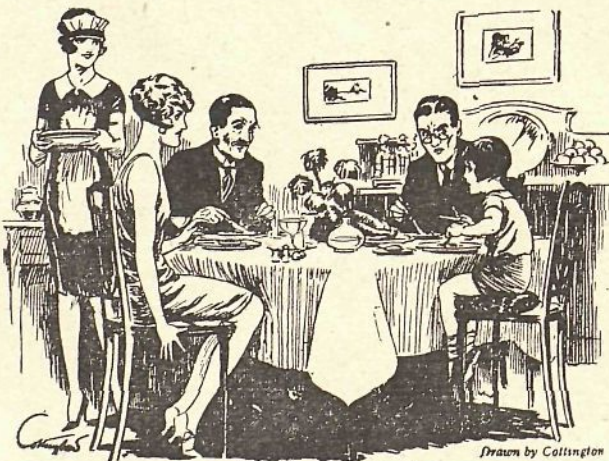
—Si he estado yo en la cabaña y no la he visto.

—¡Claro! Como que usted no la conoce.

Vicente de Castro.—Pueblo de Vallecas.

TAPAS para encuadernar colecciones semestrales de BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario a tres pesetas una. Se envían certificadas si al remitir el importe acompañan 0,30



De The Passing Show.—Londres.

EL CONVIDADO.—No he comido muchas veces una comida tan buena como ésta.

EL NIÑO.—Ni nosotros tampoco.

El Louvre

Restaurante Montera, 35
(Pasaje).
Saluda y felicita a su clientela

Ante el Tribunal comparece por haber dado muerte a sus padres cierto individuo. Descubierto el delito y condenado a muerte, el juez pregunta:

—¿Tiene algo que decir el acusado?

A lo cual contesta éste, abatidísimo y compungido:

—¡Que tengan ustedes compasión de este pobre huerfánito!

El Pinzas.—Madrid.

Disputando.

Es usted un cochino, puerco, pillete, granuja; y... tened cuidado.

—¿Cómo! ¿Me amenazáis?

—No. Decía que tuvieseis cuidado que se os está quemando la chaqueta por un bol-sillo.

Chori.—Madrid.

Un marido nota con frecuencia que los manteles están muy manchados, y le dice a su esposa:

—Voy a comprar un hule. Esto es insoportable...

—El insoportable eres tú.

—Bueno, no lo compraré; pero no me insultes, porque si no aquí va a haber hule...!!!

Hércules.—Enguera.

—¿Con que estás en una confitería?

—Desde hace un mes.

—¿Cómo te estarás poniendo de dulces!

—¡Qué va, si el maestro los tiene contaos!

—¿Y no te comes ninguno?

—No; lo que hago es lamerlos.

Angel del Castillo.



MARCA REGISTRADA

CANAS

Sin teñir desaparecen usando
Brillantina India
Premiada en la Exposición de Higiene

5 pesetas frasco

—¿Quiénes son los que más mienten?

—Los que le pagan al camarero, porque le dan un duro y le dicen: "cobre".

E. O. C.—Calahorra.

—¿Quién fué el primero que hizo la travesía del Atlántico por el aire?

—¡Franco!

—¡Que te crees tú eso! El primero que hizo la travesía del Atlántico por el aire fué Cristóbal Colón, pues si no hubiese sido por el aire, no llega a América, aunque hubiera soplado las velas de la "Pinta" con un fuelle.

Angel de los Santos.—Almadén (Ciudad Real).

—¿Y cómo es que usted trabaja teniendo una rentita que le permite vivir bien y descansar?

—¡Ay, amigo! Yo trabajo por amor al arte, por cariño al trabajo, a pesar de mi posición. Y usted, ¿por qué deja de trabajar teniendo necesidad?

—Por lo mismo que usted: por amor al arte de guardar siempre la misma posición.

Lucilín.—Santofña.

LILLO Droguería-Perfumería
:: Fuencarral, 62 ::
Desea a su clientela feliz año

—Doctor: sufro unos agudos dolores de estómago que no me permiten comer... Estoy cinco días sin probar bocado.

El médico reconoce al enfermo y dice:

—Debe usted padecer otra enfermedad, porque en el es-

tómago le aseguro que no tiene usted nada.

Los de la Estaca.—Enguera.

El nuevo uniforme del ejército español.

Una mañana se encuentra un capitán por el barrio del Real de Melilla, a un soldado de infantería, el cual llevaba un traje bastante sucio; el capitán, muy furioso, le dice al individuo:

—Oiga muchacho ¿por qué lleva ese traje tan roto y puerco?; y entonces dice el soldado: mi capitán, como es el traje único, pues si me lo quito para lavarlo, tendrfa que caminar en calzoncillos.

Marcelino Centeno Pérez.—Melilla.

No pudiendo un caballero ir a la ópera donde representaban *Aida*, la popular obra de Verdi y con el fin de que no se perdiera la entrada, se la dió a su criado para que fuera a ver tan caro espectáculo.

A la mañana siguiente, llamó el caballero a su criado y le dijo:

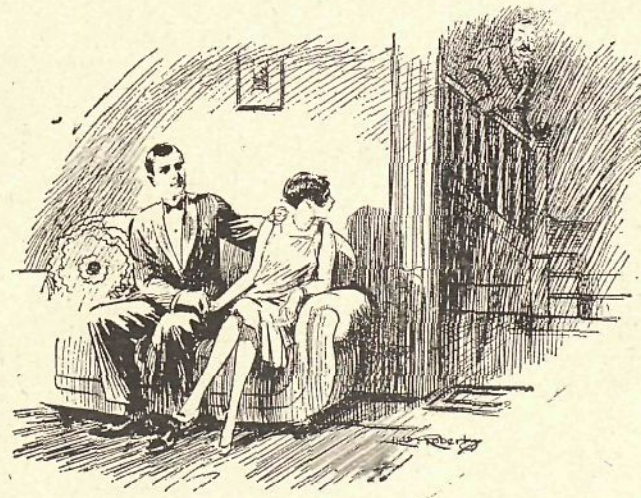
—Vamos a ver, ¿qué entendiste ayer? ¿Zoque? Probablemente nada, ¿verdad?

—Se equivoca el señorito—respondió éste—por lo menos entendí que no hablaban en castellano.

Santitos.—Madrid.

Pregunta un niño.

—Mamá, ¿qué es un vígamo?



EL PADRE.—Gracia, ¿no es hora de que vayas a dormir?

GRACIA.—Espera un momento, papá, porque Jorge desea otros cinco minutos de Gracia.

La "Casa Romero"
Material eléctrico
felicit a su distinguida clientela
Fuencarral, 68

—El hombre que tiene dos mujeres.

—No, hijo mío no hagas caso—exclama el padre—, el hombre que tiene dos mujeres es idiota.

KK-U-ET

—¡Guardias! ¡favor! Acaban de robarme... ¡robarme a mí!

—Bien, ¿y quién es usted?

—¿Yo? ¡El director de una Sociedad de Seguros contra el robo!

Juan Tripucharte.

—¿Qué flor se parece más a la mar?

—La mar-garita.

J. Rivero Piña.—Tetuán.

Baturrada infantil.

—¡Sinvergüenza!... ¿Tan chico, y fumando ya en pipa?...

—No, señor, la que fuma es mi madre..., pero como ha llegado mi padre a casa, me ha mandado a escondela...

Harold-Ito.—Melilla.

Zoilo González
Droguería Corredora Alta, 8
Madrid
Rey del Oro en Hojas y de las brochas
desea un buen año a su distinguida clientela

TRICÓPILO ESTRAGUES

Usándolo dejará de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras perdidas, excitando su vitalidad.—B. Estragués.—San Anastasio, 12, BADALONA.—De no encontrarlo en su perfumería, contra giro postal de 8 pesetas, lo remite el autor.

CONSULTAS GRAFOLOGICAS



Nota ligeramente desafiada y exclusivamente dedicada a los consultantes que, creyéndose más listos que Sherlock Holmes, me escriben llamándose Ernesto Polo o Jardiel Ponceña. Vamos a cuentas: ¿por ventura estos geniales humoristas tienen ni tanto así de asiáticos? ¿reverencian a Buda? ¿estudian a Confucio? ¿usan coleta? ¿mecieron su tierna infancia en sendas conchas de tortuga? ¿Pues entonces! No, dulcísimo consultantes de mis entretelas: por las mencionadas razones positivas y negativas, mas otras que omito (porque no os importan un pito), ni ellos pueden ser yo, ni yo puedo ser ellos, aunque nos hicieran cachitos a los tres, desastrado fin de que Buda nos preserve.

L. Saez Arellano (Melilla).—El rasgo más saliente de tu carácter, es el de una afición a los papiros y retratos regios en discos metálicos, que me río yo, a pesar de ser más serio que un plato de habas; pero no para guardar los susodichos elementos trematísticos, sino para divertirme de día, de noche y de madrugada, y lo mismo en la verde primavera que en el lluvioso otoño... Y después de todo, ¿para cuatro perros días que vamos a vivir!

Un automovilista (Cádiz).—¿Cómo? ¿Es obligatorio ser ganso para dirigirse a BUEN HUMOR? Ideas tenebris, los consultantes, que se volverían los cabellos verdes a Buda. En fin: tú no lo eres, palmípedo, y basta. Eres un tímido, que procura disimularlo y hasta lo consigues, gracias a tu fuerte dominio sobre sí mismo. Tu temperamento intelectual te inclina a la estética. Hay en tu fondo, espíritu de aventuras, pero no sin reflexión. Y a lo de "Don" Kin-Fu-Fu, te agradezco la cortesía; pero sábele que no tengo otro "don" que el de trazar retratos tan garbosos como este tuyo, para lo que gustes mandar.

Pimpinela no escarlata (Santander).—¿Que quieres, conociendo tus defectos, corregir tus "devildades"? Por de pronto, corrige tu ortografía y plántale una "h" a la palabreja. Y si pretendes seguir la enmienda, corrige tu geniecito "fuguillas" y no te pongas feroz por la más ligera cuchufleta. Y un poquito más de esplendidez, tampoco le vendría mal al susodicho arreglito del carácter...

Magdala.—Sensible, amante, demasiado susceptible, viva, graciosa, un tanto pagada de sí misma bajo aparente modestia expansiva: he ahí tu idiosincrasia. (Y ahora no vayas a interpretar la palabra por "idiota sin gracia")

Un castellano viejo.—Hombre, lo primero no lo atina la grafología, pero lo segundo, véolo con claridad meridiana en tus cortas letras! En cuanto a ortografía, puedes presumir, como el pintor de aquel famoso epigrama, que oí en Pekín. Domino la ortografía: decía el pintor Daroz; y en un rótulo escribía: "Halmagacén de gudía, azaite, gabón y haroz."

¿Y para qué voy a seguir analizando! ¿no te parece?

El General X (Zamora).—Tu incredulidad va a caer ante mi acierto, con caída súbita y fulminante! Eres lógico y de carácter fuerte, anguloso y duro, cual piedra silíceo, generoso no obstante, y en la actualidad (es decir, en la actualidad en que escribas, pues ahora puede que estés como unas castañuelas), con el ánimo ligeramente escachifollado.

Ceropo.—Deductivo y lógico, sagacísimo, de rápida asimilación intelectual, un tanto petulante, algo dado a la crítica más o menos mordaz, con aficiones a la vida brillante... En una palabra, o en varias: no teneis nada de topo, querido amigo Ceropo

Marcela.—¿O cuál de los tres? O mejor dicho ¿cuál entre las varias docenas de pretendientes que debes traer revueltos con tu naturaleza seductora, graciosas mañas e inveterada coquetería? Eso sí: las labores propias de tu sexo duermen sin duda el sueño del justo en el fondo tenebroso del cesto de la costura.

El mejor gallego (Burgos).Por lo menos, puedo afirmar vigorosamente que, si no el mejor, otros gallegos son peores y menos talentosos. Porque tienes clarísimo juicio, amor a la verdad, excelente genio, generosidad espléndida y un íntimo fondo de románticas murrias... ¿Es o no es eso?

Carmina.—¿Tomar yo el pelo a mis consultantes en tiempos en que tan poco se aprecia este apéndice? ¡Buda me preserve! Tu letra revela distinción, amabilidad, claro entendimiento, positivismo y voluntad tenacísima.

Carburante.—Franco hasta la ingenuidad, generoso hasta el derroche, jovial, aunque no en toda ocasión

(¡a ver!) voluntarioso hasta la terquedad, más sincero que galante... ¡"Voilà", joven Carburante! Y me dejo cortar la coleta si me he equivocado ni en tanto así en mi maravilloso dictamen...

Un Doctor. (Córdoba, Argentina).—¿Mi fama chinesca atravesó el Atlántico y llegó a tus doctos oídos? Me alegro tanto... Mira: tu letra revela una idiosincrasia de mucha "grasia"; un genio muy constante y algo demasiado caviloso y minucioso; y más horror al despilfarro que el que puede profesar un señor con callos a un mal pavimento.

Botijito Colorado.—¿Tú desconoces tu propio carácter? Pues vas a saberlo al momento. Amable y jovial con los demás, y sin embargo, con un fondo de íntima melancolía; impaciente a ratos; de imaginación soñadora (¡botijito lleno de fantasías y de anhelos!) de voluntad firme, de gustos distinguidos y de gran generosidad.

Banesta.—Tu mayor gusto, Banesta, es la taurómaca fiesta.

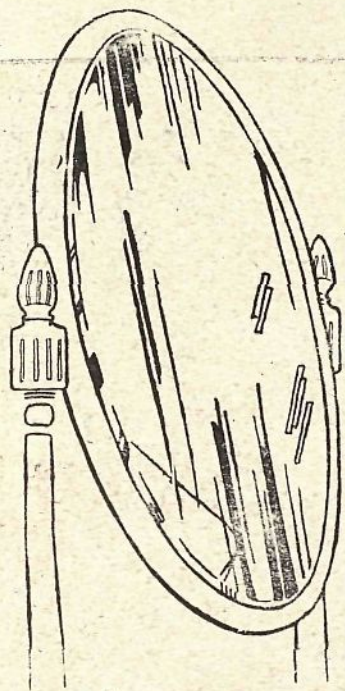
¿Qué eso ya te lo sabes tú? ¿Pues para qué me preguntas? Además, genio impulsivo y tanta afición a los papiros como a las corridas de toros.

Galmatias. (Valencia).—Por cierto que tu juicio es claro y tan enemigo de embrollos, que no tienes nada de "galmatias"; buen sentido, voluntad perseverante, fondo tímido (rubores incoercibles cuando abor das a personas desconocidas), sentimientos leales y mucha economía.

KIN-FU-FU

CUPON

valedero por una consulta grafológica



NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DE PRESIONES FACIALES.—SUA- VIZA LA PIEL, CONSERVANDO- LA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR.—ES EL ELE- MENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE.

PEDID FOLLETOS EXPLICATIVOS

CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

DEPOSITARIO-URQUIOLA-MAYOR.1 MADRID

BUEN HUMOR



Dib. EMILIO FERRER

- ¿Y qué fuiste hacer a Groenlandia?
—Pues a vender aguardiente; pero se me heló todo y perdí el negocio. ¡No había manera de venderlo!
—Sí, hombre, haberlo vendido a rebañadas.